

La Ilustración Artística

Año XXVI

← BARCELONA 22 DE ABRIL DE 1907 →

Núm. 1.321



EL VUELO DE ÁNADES, cuadro de Juan Francisco Millet,
propiedad de la Sra. Esnault-Pelterie, de París, y reproducido con autorización de ésta



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La resurrección de un idilio*. (Escenas valencianas), por el Bachiller Corchuelo. — *Buenos Aires. Monumento al general Mitre*. — *Barcelona. Quinto concurso internacional de lawn-tennis*. — *Cartagena. Entrevista de S. M. el rey Eduardo VII y el rey Alfonso XIII*. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *Aurette*, novela original de Henry Greville, con ilustraciones de Gili y Roig. — *Las víctimas de la paz en Inglaterra*.

Grabados.— *El vuelo de ánades*, cuadro de Juan Francisco Millet. — Dibujo de Opisso que ilustra el artículo *La resurrección de un idilio*. (Escenas valencianas.) — *Buenos Aires. Concurso para la erección de un monumento al general Mitre*, proyectos de Agustín Querol. — *Barcelona. Quinto concurso internacional de lawn-tennis. Aspecto del campo al jugarse la partida final*. — *París. Huelga de los panaderos. Una reunión de obreros en la Bolsa de Trabajo*. — Tres reproducciones fotográficas de la entrevista de los reyes de Inglaterra y de España en Cartagena. — *Retrato del pintor Ernesto Hebert*, por A. N. Morot. — *Mignon*, cuadro de C. Landelle. — *Retrato de la Sra. X.*, por Alberto de Keller. — *El can predilecto*, escultura del príncipe Pablo Troubetzkoi. — *Fiesta popular rusa*, cuadro de Ilja Rjepin. — *Marta Gay*, en la ópera «Carmen». — *París. Primeros automóviles para ambulancias militares*. — Varios grabados que ilustran el artículo *Las víctimas de la paz en Inglaterra*. — *Barcelona. Imposición de cruces concedidas a los Sres. Miquel, Espuis y Naya con motivo de su comportamiento al hacer estallar una de las bombas en el Campo de la Bota*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Madrid no hay bombas, en buen hora lo digamos, y no sea castigada la arrogancia por algún escarmiento imprevisto; no hay bombas, al menos como fenómeno constante... Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. Una plaga extendida por todas las calles, plazas y plazuelas, con la misma regularidad con que brotan las malas hierbas en un campo abandonado por el cultivador. Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte; y plaga contra la cual nada pueden las buenas intenciones de los más excelentes alcaldes. Debe de ser imposible corregir esto de la mendicidad, cuando, hallándose al frente de la corporación municipal hombres de reconocida competencia, de actividad innegable, del mejor deseo, lejos de adelantar un paso, dijérase que cada día estamos peor; que cada año nos parecemos más a la España mendicante, descrita por los viajeros de fines del siglo XVII.

* * *

Yo á veces doy en creer que estos aparentes mendigos son en realidad gentes de la policía secreta románticamente disfrazados. Porque apenas os detenéis en la vía pública y trabáis conversación con alguien, tenéis de escuchas á dos ó tres mendigos, que no pierden sílaba de lo que habláis. La postulación de estos pedigüños de la villa y corte se basa en la molestia. Cuanto más molestan, más eficaz es su acción para obtener el limosneo. Y convencidos de tal verdad, ponen en práctica con el transeunte el sistema del *mendigo* de Espronceda:

«Le persigo
hasta que mira,
me complace
cuando aspira
mi punzante
mal olor.»

Los pedigüños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran á las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar á un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, ó un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos á descuidados. Estrecha relación existe siempre entre las dos profesiones; según puede verse en los estudios de antropología y sociología consagrados á esta espuma del hampa matritense, y situado fuera de la normalidad del trabajo, el mendigo está también fuera de la ley, que desdeña, sediento de libertad, persuadido de que tiene derecho á apoderarse de cuanto encuentre al alcance de sus uñas.

* * *

¿Cabe extirpar el tumor de la mendicidad en Madrid? ¿Es esta una cuestión sencillamente de dinero,

ó pende de algo más íntimo; de la contextura misma de las grandes capitales, en todas las cuales, visible ó recatada, hace estragos la miseria? Porque en París y en Londres no importunan los mendigos, pero existen barrios enteros de miserables, antros de vicio y crimen, calles donde la policía reconoce su impotencia para evitar que sea desbajado el que se atreve á cruzarlas, y por escondida, no es menos tremenda la plaga en esos emporios del mundo civilizado. En la capital española, la cuestión se complica por la especie de conmiseración simpática que infunde el vagabundo. Hay un sentimiento de involuntaria transigencia con la mendicidad; se protesta y se acaba por sacar la monedilla de cobre. Hay además la idea de que esto de mendigar es cristiano, y nadie sabe que los primeros en prohibir la vagancia mendicante fueron los Concilios, uniéndose á los reyes, que en sus edictos estatúan penas severísimas contra los pordioseros y vagos. Y no sólo contra ellos; porque, anticipándose al criterio y opinión de escritores sociológicos de tanta valía como Heriberto Spencer, el Parlamento de París llegó á castigar con multas, no al que pedía, sino al que daba limosna en la calle. Y no sólo en la legislación francesa, sino en las de muchos países europeos, la mendicidad y la vagancia forman parte de la delincuencia. Lógicamente, dentro de la ley, no puede consentirse la mendicidad pública; pero se consiente, de hecho, en Madrid, en proporciones muy alarmantes.

* * *

Un libro nuevo del Padre Coloma, *Jeromín*, relato histórico que tiene todo el encanto de una novela, hace resurgir del olvido cada vez mayor en que van cayendo nuestras altas figuras históricas, la de don Juan de Austria.—La época que revive para nosotros en la amena obra del jesuita, es quizás la más interesante de la historia patria, porque reúne el atractivo de lo grandioso y magnífico al estímulo del misterio. Es la época de Lepanto y del asesinato de Escobedo, de la rebelión de los moriscos y de la privanza de Antonio Pérez. A veces, la lucha gigantesca empuñada entre la cristiandad y el turco nos importa menos que las enredadas y sombrías intrigas de corte que se resuelven en una estocada traidora, al oscurecer. La sensación que deja el libro es la de una vida intensa, efervescente, diferentísima del amodorrado vivir que, después de la muerte de Felipe II, empezó para España.

Hay que alabar mucho en el libro del Padre Coloma, y en especial, la sencillez del estilo, sin pretensiones de colorismo, pero que nunca degenera en sequedad y aridez. El estilo de esta obra del Padre Coloma no se propone sino servir de envoltura á los sucesos, dándoles forma perfectamente inteligible y además atractiva; y este objeto lo consigue plenamente, porque no habrá un lector que sienta fatiga ni que suelte el libro por descansar de los primeros de la dicción y bellezas de la forma, caso más frecuente de lo que se cree. Sin ser descuidado ni flojo, el estilo de *Jeromín* es corriente, natural y claro, con ligeros dejos de arcaísmo, fruto de las lecturas en que ha tenido que empaparse el autor para estudiar el asunto; ni difuso, ni cortado; ni recargado, ni árido, se presta bien al desarrollo de la biografía interesantísima del glorioso bastardo de Carlos V.

* * *

El comienzo de la narración está hecho con arte de novelista: el niño D. Juan, ó mejor dicho, el niño Jeromín, que después se llamó D. Juan de Austria, aparece jugando á «moros y cristianos» con otros cachidiablos de su edad, en las huertas de Leganés, donde acuden á buscarle para conducirlo hacia su destino, que entonces se creía fuese conventual, pero que el muchacho sentía que era militar, «soldadico y no fraile.»

Y en ese destino, enlazado tan estrechamente con el de la patria, la única figura de mujer que aparece ejerciendo decisiva influencia es la de la madre adoptiva doña Magdalena de Ulloa. La maternidad concentrada en el corazón de esta gran mujer, que no tuvo hijos de sus entrañas, se desbordó al serle confiado el cuidado y primera educación del precioso niño de ignorado nacimiento, que su marido, D. Luis Quijada, le arrojó á los brazos. Mientras la madre verdadera y natural de D. Juan de Austria, divertida allá en Flandes, no se acuerda del hijo, la española le ofrece ese cariño tan necesario al hombre, que ningún otro lo puede reemplazar.

Entre las varias reflexiones que sugiere esta primera etapa de la vida de D. Juan, cuando le envuelve el misterio y nadie, ni aun los que le asisten, prohi-

jan y educan, conoce su origen, hay una que no es favorable á la edad en que vivimos. Si hoy sucediese un caso análogo al de D. Juan, difícilmente se encontrarían personas capaces de guardar reserva y mantener desconocido el imperial vástago, como se mantuvo el pupilo de D. Luis Quijada. Tiempo les hubiese faltado, á los que conociesen ó rastreasen algo del secreto, para divulgarlo á los cuatro vientos, para propagarlo en telegramas y artículos de reporterismo, para comentarlo de cien modos, con ilustraciones gráficas y con hinchazones efectistas... La fama de Carlos V hubiese sido empañada por la divulgación intempestiva de una debilidad humana disculpable, y un escándalo europeo más sazonería con su pimiento rabioso las columnas de los periódicos y las murmuraciones de los «círculos...» ¡Tiempo noble y feliz, en que tales «círculos» no existían, y en que la gente callaba aquello que la lealtad y la honra mandan que se calle! El incógnito de don Juan fué perfectamente guardado, y el niño se crió en modestia, paz y obediencia, para revelarse luego en gloria, guerra y energía, á toda la altura de su genio de conquistador y defensor de la patria.

* * *

Realzan la figura de D. Juan sus proezas de todos conocidas y sus victorias nunca bastantemente ensalzadas; pero el mayor prestigio de este héroe consiste en lo que tuvo de frustrado y de malogrado, no por propios desfallecimientos, sino por ajenas mezquindades y miserias. La fatalidad, que ha perseguido á España en su desarrollo histórico, dispuso que, así como á los Reyes Católicos se les murió el hijo inteligente y lleno de porvenir, y les vivió, para suceder en el trono, la hija maniática é incapaz, á Carlos V le naciese antes, y de legítimo lázo conyugal, el príncipe más débil y sugestionable que prudente, que se llamó Felipe II, y después, y de ilícita intriga, el hombre casi perfecto, de generoso espíritu y constancia á toda prueba, que se llamó D. Juan de Austria. Y la fatalidad quiso también que á Felipe II le hiciese sombra su hermano, que desconfiase de él, y le cerrase los caminos por donde pudo llegar á afianzar el poderío español de un modo definitivo en Europa, realizando aquella sumisión del reino de Inglaterra á la corona de España, empresa que sólo don Juan era capaz de acometer, y que los celos fraternales le estorbaron. Tal vez nuestra suerte, el giro del eje de la historia patria, estuvieron en que D. Juan fuese D. Felipe, y D. Felipe D. Juan. Que tal es la acción del individuo sobre el conjunto, y tal el influjo de una personalidad sobre los sucesos. La pálida pasión de la envidia, la negra enfermedad de la sospecha y del recelo, nos trajeron, años después, cuando ya D. Juan de Austria dormía el sueño eterno, el desastre de la *Invencible*, del cual nunca nos repusimos, y que no hubiese acaecido á vivir el invencible de Lepanto y el marqués de Santa Cruz... El rey, que había amargado la existencia de D. Juan de Austria, acometió tal empresa creyendo que con enviar barcos y más barcos reemplazaba el alma única del gran capitán que fué su hermano... Quizás al recibir, en su austero retiro del Escorial, la funesta noticia de la pérdida de la Armada, un recuerdo de pesar y de remordimiento trajo á la memoria de Felipe II á aquel hermano insigne en mar y en tierra, al que deshizo á turcos y moriscos, al que murió abrasado tal vez por el veneno y seguramente por el deseo de atajar la expansión del poder de Inglaterra, más peligroso y temible ya que el de Turquía. Acaso, dentro del corazón incierto de Felipe II—pues este monarca, en vez de férrea voluntad, sólo tuvo indecisiones y fluctuaciones, disimuladas por una rigidez cancelleresca y por resoluciones demasiado violentas, de impulsivo, de flaco de alma—se alzó la sombra gallarda, venerada en los campamentos, de D. Juan, y con ella ese melancólico pesar de lo que debimos hacer y no hicimos, que es uno de los más hondos dolores íntimos que cabe sufrir... Con don Juan se habían ido al sepulcro las esperanzas españolas, cerrándose la era de nuestra prosperidad y abriéndose la era negra que, lentamente ó con precipitación dramática, nos condujo á la decadencia ya irremisible. Y como presentimiento ó como percepción bien definida, el monarca ya viejo y enfermizo probablemente lo comprendió, mientras le azotaba la sien el cierzo agudo y cortante de la sierra, y el sol se ponía detrás de los altos picachos, y á lo lejos las esquilas de los pastores temblaban, como argentinas lágrimas, entre la solemne tristeza de un crepúsculo castellano, que derrama su ceniza fina, tamizada, pausada, sobre la tierra reseca y amarillenta, muda ya porque viene la noche...

EMILIA PARDO BAZÁN.



Pero ¿se siente usted mal?... ¿Qué tiene usted?

LA RESURRECCIÓN DE UN IDILIO. (ESCENAS VALENCIANAS.)

I

La acción en Castellón.

Bajo el cielo azul purísimo y salpicado de numerosas cometas, que ondean su rizada cola. La tarde es de primavera, tibia y perfumada... Los rayos del sol caen oblicuamente sobre la tierra en la cual predominan todos los tonos del color verde... La brisa, una brisa que parece un suspiro, trae emanaciones salinas, del mar, aromas de flores, gorjeos de pájaros, y el estrépito acuoso y chapoteante de las olas estrellándose contra la playa y tejiendo y destejiendo caprichosos, fugaces y rumorosos encajes de espuma, obscuras al transparentar el viso verdusco del agua... Por todas partes, de los naranjales y de los *masets*, saltan carcajadas jubilosas, conversaciones alborotadas, gritos estridentes, lloros rabiosos de niños, disputas, voces masculinas, chillidos femeninos, cómicos ayes de sorpresa, exclamaciones victoriosas, melodías de canciones populares—en este *maset* la jota aragonesa, en aquél la valenciana, en el de más allá las jacarandosas sevillanas, con su rasgueo de guitarras y su castañeteo de crótalos y sus jolé! de entusiasmos—y el raseo entrecortado y culebreante de los cohetes rastro y de los cohetes voladores que surcan radiantes el espacio sembrando chispas, fognazos y detonaciones. Las copas verdinegras de los naranjos, cuajadas de blanquísimo azahar, parecen espolvoreadas de una nieve tan viva y penetrantemente odorífera que no sólo se respira azahar, sino que parece paladearse... A la derecha se ve la mole rojiza, desigual y abigarrada de la ciudad, cuyos campanarios emergentes altivos, recortados, en el añil del horizonte... Los tejados arrojan destellos metálicos y las vidrieras de los edificios espejean adamantinos centelleos que les hacen parecer descomunales brillantes engastados en las paredes... Cierren el horizonte, por todos lados, las cumbres á trechos doradas, blanquecinas, amarillentas, grisáceas, de las montañas en cuya base las sombras de la noche van surgiendo, pálidas primero, densas, más negras, después, conforme van desgreñándose los auríferos rayos del sol, según éste va empalideciendo y hundiéndose...

Del *maset* blanquísimo y coquetón sale Antonio en dirección á Luisa, que oculta de espaldas á aquél, vuela su cometa, en el andén central del huerto, canturreando pensativa.

LUISA.—(Ligeramente encorvada y dando suaves tironcitos del bramante de la cometa, que asciende, á graciosos saltitos, cabeceando en el espacio y agitando en bruscos serpenteos su rizada cola. Pensativa, canturrea muy bajito:)

¡Cómo quieres que yo cante, si hasta mi pobre guitarra llora lágrimas de sangre!...

ANTONIO.—(Jovial, llegándose á ella.)—Luisita, perdone usted que la interrumpa... Pero, para recuperar la prenda que he perdido jugando, me obligan á hacerle el amor á usted... Yo dejaría perder la prenda, si sólo se tratara de ocasionarle á usted una molestia, pero la molesto por algo más sabroso y agradable para mí: por el placer de hacerle el amor...

LUISA.—¿Por compromiso?

ANTONIO.—Por pasión y muy á gusto... Ya ve usted: los que dirigen el juego de prendas se han figurado ocasionarme una contrariedad obligándome á venir, y no saben que me han proporcionado un placer...

LUISA.—Pues á mí, la molestia—porque me molesta, créalo usted—de repetirle lo que he dicho hasta hoy...

ANTONIO.—(Emocionado.)—Pero ¿no me querrá usted nunca?

LUISA.—(Con amable sequedad.)—Ya sabe usted que no...

ANTONIO.—Y siguiendo usted su sistema de aislamiento, menos... ¿Por qué no toma usted parte en nuestros juegos?... ¿Por qué nos priva usted de su deliciosa compañía?... Yo frecuento este *maset* por verla y hablarla únicamente... Y usted siempre tiene un pretexto para alejarse... ¡Ah! Para que no se me olvide... Antes preguntó por usted, con mucho interés, Alsina...

LUISA.—(Estremeciéndose y poniendo un ceño adusto.)—¿Alsina! Pero ¿ha vuelto?

ANTONIO.—Sí... Me han presentado á él...

LUISA.—¿No le conocía usted?

ANTONIO.—No. Cuando yo llegué destinado á esta guarnición, aún no hace un año, él estaba en Madrid... Tenía deseos de conocerle, porque en el Casino me hablaban todos de él como modelo de alegría, de despreocupación...

LUISA.—Sí..., dígame usted claro..., de perdido...

ANTONIO.—No me atrevía á decirlo... Creo que derroché una fortuna considerable...

LUISA.—Sí, lo mismo que otro amigo suyo á quien creo que usted tampoco conoce...

ANTONIO.—¿Enrique Bescós?

LUISA.—El mismo... (Temblando.) ¿Ha... vuelto... también?...

ANTONIO.—No. Alsina ha dicho que se ha quedado en Madrid... ¡Oh! Creo que están regenerados los dos...

LUISA.—(Cada vez más pálida.)—¡Ca!.. Es imposible...

ANTONIO.—Pues eso dice Alsina y eso asegura su primo de usted, Jacinto, que ha llegado de Madrid con Alsina á comerse la *mona* de Pascua con todos nosotros...

LUISA.—Y ¿qué dicen?

ANTONIO.—Alsina es hoy gerente de una sociedad muy importante, trabaja mucho y vive muy retirado.

LUISA.—(Extraordinariamente pálida.)—¿Y... el amigo de Alsina?...

ANTONIO.—También está hecho un hombre serio. En los dos años que lleva de residencia en Madrid se ha hecho un puesto muy honroso entre los escritores de moda... La novela *El triunfo de la Muerte*, que tan célebre se ha hecho, es suya, lo mismo que el libro de versos que á usted le gustaban tanto: *Gotas de rocío*...

LUISA.—(Muy emocionada.)—¿Pero... no son de José Ido Izquierdo?

ANTONIO.—Ese nombre es un seudónimo tomado de una novela de Galdós... Pero ¿se siente usted mal?... ¿Qué tiene usted?...

LUISA.—No sé... Estoy... mal, sí... Los nervios sobresaltados...

ANTONIO.—¿Quiere usted que llame?

LUISA.—¡Oh! ¡No!.. (Echándose á llorar.)

ANTONIO.—¿Qué tiene usted?

LUISA.—Una pena hondísima, muy amarga... Es el motivo de mi aislamiento, que debí confesarle antes... ¿Me da usted su palabra de no decirlo?...

ANTONIO.—Se lo juro á usted...

LUISA.—Enrique Bescós... ha sido mi novio... muchos años, en secreto... Se comentaba mucho la asiduidad con que venía á verme, sus deferencias para conmigo, la intimidad con que nos hablábamos, pero nadie podía asegurar que nos queríamos... Es decir, que le quería yo, porque él...

ANTONIO.—(Intensamente interesado.)—¿Él?

LUISA.—Él no me quiso nunca... Yo fui, ingenua...

OPISSO

mente, sin darme cuenta, su maestra de psicología femenina... ¡Oh! Ahora comprendo muchas cosas que no entendía... Me declaré a él... Sí, no lo niego. ¿No tienen los hombres derecho a decirnos que nos quieren sin preguntárselo?.. Pues yo se lo dije porque él me lo preguntó... Fué un día como el de hoy, día de Pascua... Yo era una niña casi: catorce años, ya ve usted... Era la primera Pascua en que me permitían alternar con los pollos y con las pollitas... Fué el día más alegre de mi vida... En este *maset* nos habíamos reunido á comer la *mona*, como hoy, varias familias... Pasamos la tarde jugando á prendas, á las cuatro esquinas, á toda clase de juegos, á cual más gracioso, bailando rigodones y valeses y sevillanas... ¡todos los bailes!.. Luego vino la merienda... Se sortearon los puestos, con objeto de que todas las muchachas—y no sólo las que tuvieran novio—se viesan atendidas y agasajadas... A Enrique Bescós le tocó sentarse á mi lado... Estuvo más atento que nunca... Al final yo no sé cómo fué... Pero me puse triste de tanta alegría... Lo fuerte de la merienda, la mezcla de sorbitos de distintos licores, tal vez el *champagne*, el cansancio de jugar, la pólvora de los cohetes y la música y la letra de los cantares me pusieron triste... Enrique quiso consolarme, pero sus palabras me hicieron llorar. Me preguntó el motivo, me dió palabra de callarlo, me llamó mala amiga...

ANTONIO.—Y entonces...

LUISA.—Entonces acabé confesándole que le quería... Volvimos á la ciudad... Él fué mi pareja... El camino era obscurísimo, pero nuestra felicidad, el eco de las carcajadas y de los cantares y de las conversaciones y los estampidos y los relampagueos de los cohetes, nos lo hacían ver luminoso, alegre... ¡Lo alumbraba nuestra dicha!

ANTONIO.—¿Y fueron ustedes novios?

LUISA.—Sí, cuatro años. Él era muy calavera... Yo le reprendía... Pero él me atajaba siempre con lo mismo: «Mira, soy joven, quiero vivir para ver... Yo quiero ser escritor y para escribir bien el mejor libro es la vida.» Yo me ponía triste... Entonces halagaba mi vanidad diciéndome: «Oye, Luisilla, ¿no te gustaría que yo fuese un gran escritor y tú mi mujercita, mi musa?.. Todas te envidiarían más que siendo sólo la mujer de un propietario, lo que soy hoy... Y para ser escritor necesito además de la instrucción que poseo, gozar y sufrir... Mira..., hasta que no me arruine, no sabré lo que es padecer, es decir, lo que es vivir.» A mí me aterraba que cayese en la miseria... Pero á él no. Es más, lo deseaba...

ANTONIO.—Y lo consiguió...

LUISA.—Sí, y labró mi desdicha... Aquel día comprendí por qué quería ocultar nuestro amor, porque tenía otras novias, no para despistar á los curiosos... El día que perdió la última peseta se encerró en la biblioteca y me escribió una carta tan falsa como páfida...

ANTONIO.—Sí. Había oído decir algo, pero muchos afirman que la escribió despechado porque no logró ser correspondido...

LUISA.—En la carta me decía que no me había querido nunca, que había jugado conmigo, que era una muñeca vulgar... Y además..., ¡oh, parece increíble!, me decía que habría querido escupir mis besos, ¡y no le había dado ni uno!.. En fin, por no seguir, me atribuía una participación indigna de mi decoro y de mi honradez en ciertas escenas íntimas y repugnantes con él, á solas...

ANTONIO.—¿Y le mandó la carta?

LUISA.—¡Oh! Supo hacer más daño... En vez de enviármela, dejó la carta, como olvidada, encima de un velador en el casino... La carta corrió de mano en mano antes de llegar á las mías, sembrando la duda por todas partes y devorando mi reputación...

valor de alejarme de aquí á triunfar... Arruinado, tus padres habrían querido casarte con un hombre de más posición y más juicioso... Quise evitarlo con infamias... Yo necesitaba darte un desengaño inconcebible para que no pudieses volver á amar, y que se dudase de tu virtud para que nadie te amase... ¿He sido un loco? Bueno; mi amor me volvió así... Yo convenceré á todos de que eres más pura que el sol y de que yo, loco y todo, te adoro. ¿Hice mal? Dispuesto estoy á pagarlo con mi amor infinito, con mi porvenir brillante y con mis alegrías que te ofrezco... Sólo á ti he querido... y has de ser mía, ¡mía! ¿Lo oyes? ¡No contestas! ¿Lo ves? (*Ella llora.*) Si no has podido dar tu corazón á nadie porque te lo tenía cogido mi cariño... ¡Luisa, Luisa mía! Perdóname y quíereme...

UNA VOZ. (*Desde el maset.*)

—¡Luisa, que nos vamos!..

LUISA. (*Llorando.*)—¡Déjame!..

ENRIQUE.—¿Saldrás á la reja esta noche, á las once?

LUISA.—¡No!.. (*Vase llorando, llorando... ¿De pena, de alegría?... De todos modos, ¡es una pena tan dulce la que sientel!..*)

ENRIQUE.—¡Oh! ¡Me quiere aún! No ¡ha podido ni hablar... ¡Ni insultarme!.. ¿Dice que no saldrá á la reja?.. Ya saldrá, ya, ¿mañana, pasado?, ¡quién sabe!.. He sabido vencer la hostilidad del público con mi arte, y no me ha de ser difícil reconquistar la estimación de ella... ¡Sufriré, me humillaré! (*Mirando hacia donde se fué ella.*) ¡Sí!.. ¡Me haré amar de ti!.. (*Sigue forjando proyectos para recobrar el cariño de Luisa, hablando enardecido, como alucinado.*)

Un cohete volador estalla en el cielo estrellado, desgranando puñados de luces de colores, que parecen estrellas que los angelitos machacan en el cielo para festejar la resurrección de un idilio.

EL BACHILLER CORCHUELO.

(Dibujo de Opisso.)

BUENOS AIRES

MONUMENTO AL GENERAL MITRE

Al extinguirse la existencia de aquel nobilísimo caudillo, aquel prócer ilustre, á quien tanto debe el pueblo argentino y cuyo nombre se pronuncia con la respetuosa consideración que sólo merecen los grandes patricios, surgió el propósito de glorificar su memoria erigiendo en Buenos Aires un monumento que perpetuase su hidalguía, su patriotismo y la provechosa labor que realizó en el transcurso de su vida en honor y prez de la nacionalidad argentina.

Al efecto anuncióse un concurso, en el que han tomado parte tres artistas de reconocida fama, que han logrado indiscutible notoriedad, cuales son el italiano Casandra, el francés Coutan y nuestro paisano Agustín Querol. Todos han procurado interpretar los deseos del pueblo argentino y expresar los múltiples conceptos que entraña la personalidad del general-estadista Bartolomé Mitre; mas según se desprende de los juicios emitidos por los críticos bonaerenses y del público de aquella hermosa ciudad, cuya confirmación hállase en los proyectos que reproducimos en estas páginas, resulta que los bocetos remitidos por el excelente escultor Querol han merecido el aplauso general, siendo probable que el Jurado premie y escoja para su ejecución alguno de los proyectos presentados por nuestro amigo. Mucho nos complacería que así fuese, pues Querol ha concebido una obra digna de aquel preclaro argentino, severa cual fué su carácter, grandiosa como su gloria y tan simpática como sus cívicas virtudes y sus merecimientos.



BUENOS AIRES.—CONCURSO PARA LA ERECCIÓN DE UN MONUMENTO AL GENERAL MITRE, PROYECTO DE AGUSTÍN QUEROL

Lloré... Luego la tristeza se apoderó de mí... Una tristeza que no me deja olvidarle á él ni amar á otro...

VARIAS VOCES. (*A la puerta del maset.*)—¡Eh! ¡Antonio! Ya hay bastante... Vas á tener que pagar otra prenda para que te permitamos hacer el amor...

II

Es de noche...

LUISA. (*Acabada la merienda, huye al huerto para librarse de la alegría general, que la entristece más. De pronto ve un bulto negro que se dirige hacia ella y grita.*)—¡Ay!

ENRIQUE. (*Imperativo y cariñoso.*)—¡No grites!

LUISA.—¡Tú!

ENRIQUE.—Sí, yo... Estoy toda la tarde como alma en pena acechando el momento de venir á traerte la *mona* que te corresponde... Ya ves: no quiero que hagas el desairado papel de otras que no tienen *mona* porque les falta un novio que se las regale...

LUISA. (*Inmensamente estupefacta.*)—¡Tú!

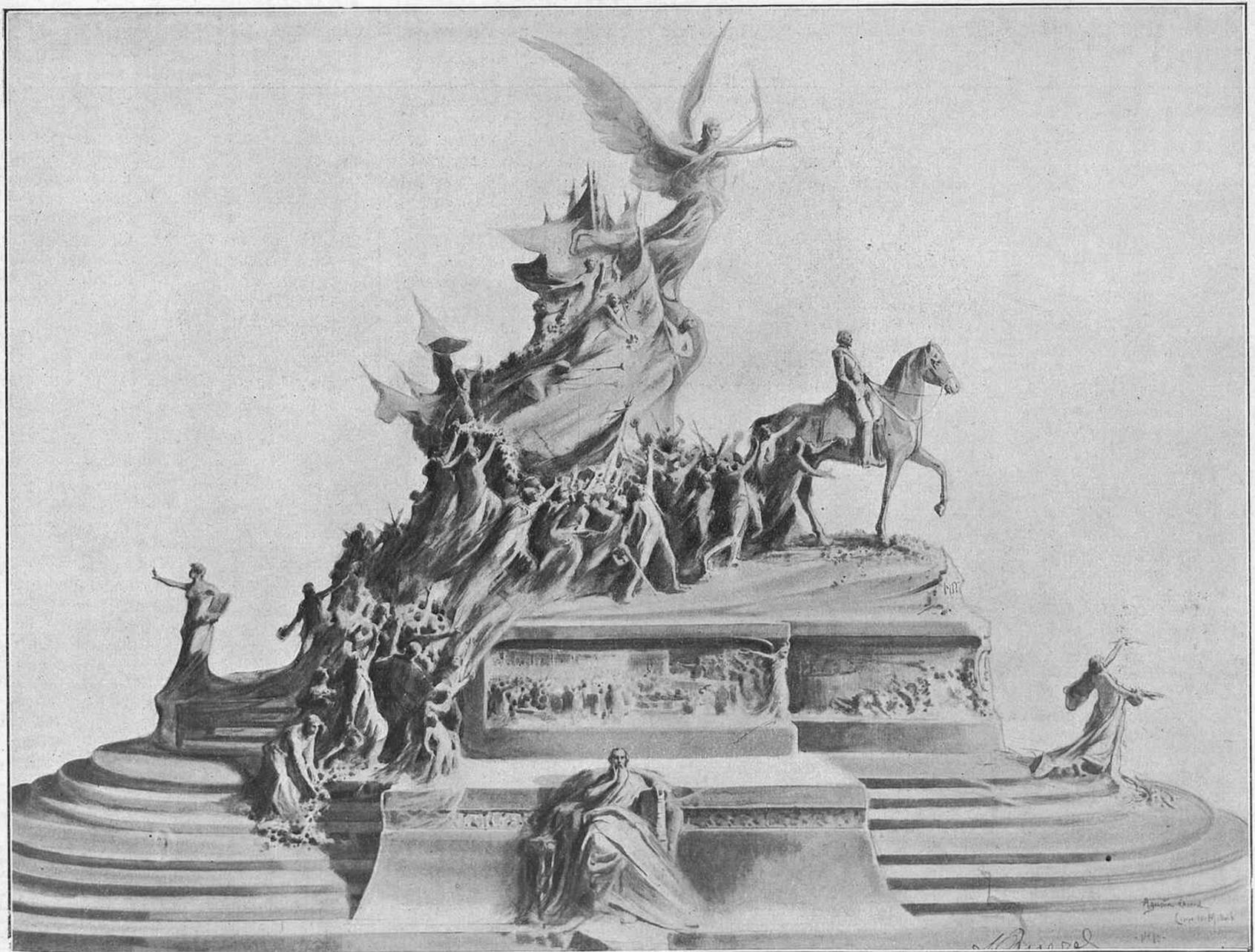
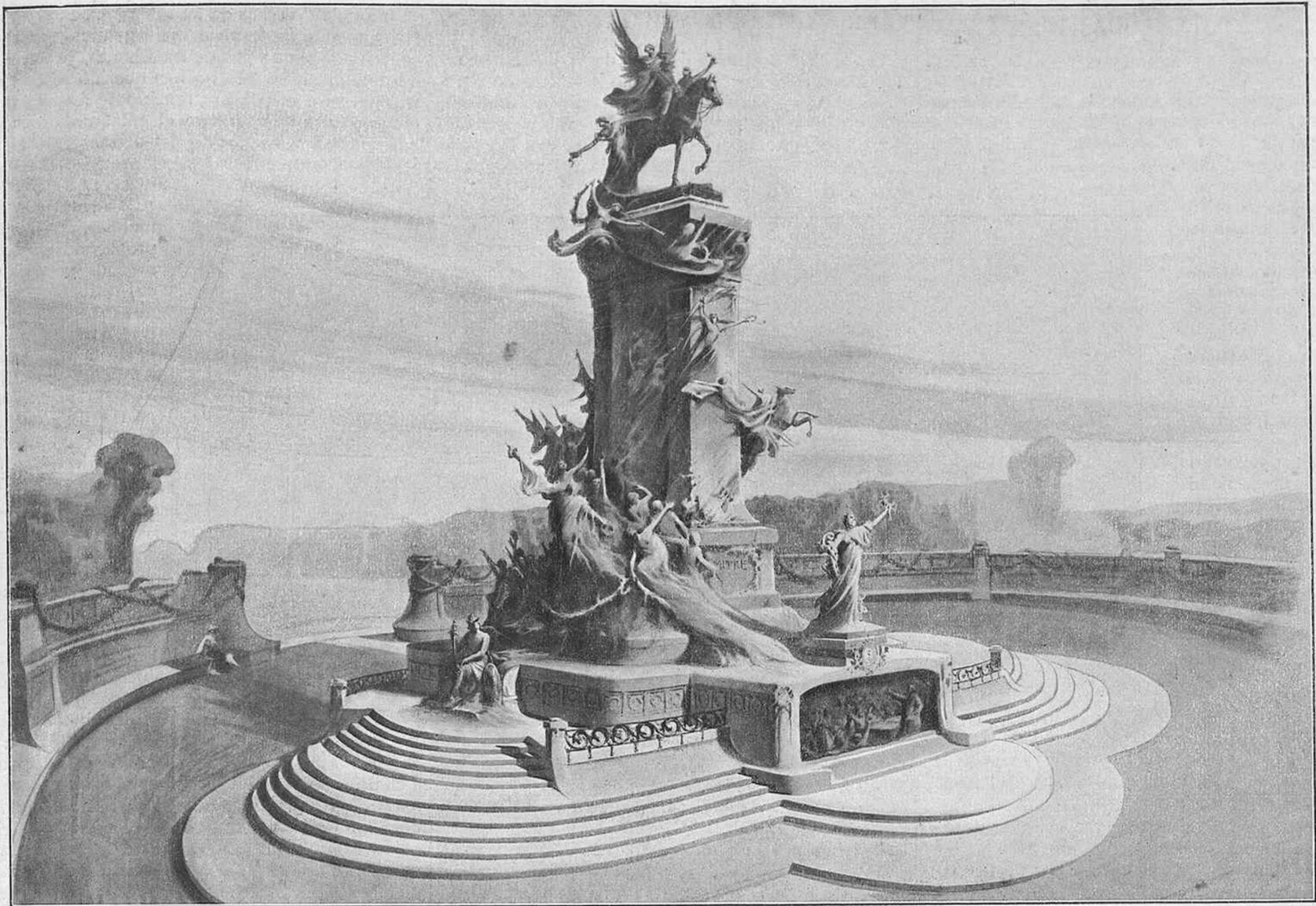
ENRIQUE.—Yo... No te admires... Y como no tenemos tiempo que perder, voy á darte una explicación. Todo lo que he hecho...

LUISA.—Infame...

ENRIQUE.—Conforme: todas mis infamias no han tenido más que un objeto: conservar tu cariño.

LUISA.—Pero... ¿podías dudar?..

ENRIQUE.—Sí. Quería arruinarme para tener el



Buenos Aires.—Concurso para la erección de un monumento al general Mitre, proyectos de Agustín Querol

BARCELONA

QUINTO CONCURSO INTERNACIONAL DE LAWN TENNIS

En el magnífico campo que en la calle de Alfonso XII (San Gervasio) tiene el Club Inglés, efectuóse el domingo, día 14 de los corrientes, el quinto Concurso internacional de *lawn-tennis*, en el cual tomaron parte notabilísimos jugadores. Las partidas fueron interesantísimas y muy reñidas, siendo cada tanto disputado con gran empeño y dando los jugadores pruebas de habilidad, destreza y resistencia grandes.

El resultado final del concurso fué el siguiente:

Vencedor por un año de la copa de S. M. el rey D. Alfonso XIII, E. Witty; primer premio, J. C. Lapazarán.

Vencedores por un año de las copas del Ayuntamiento, J. C. Lapazarán y marqués de Narros; segundo premio, E. Witty y A. Leask.

Partidos por parejas mixtas: primer premio, A. Leask y miss Phillips;

segundo premio, E. Bartroli y miss E. Bartroli.

Partidos individuales de señoritas: miss Phillips.

Handicaps dobles: primer premio marqués de Narros y J. C. Lapazarán; segundo premio, M. y R. Tey.

Handicaps dobles de segunda clase: primer premio, E. Hubbard y K. Park; segundo premio, E. Radisson y R. Mújica.

Handicaps Singles: primer premio, J. C. Lapazarán; segundo premio, marqués de Narros.

Handicaps Singles de segunda clase: primer premio, C. Noble, segundo premio, E. Koettlitz.—C.

PARÍS.—LA HUELGA DE LOS PANADEROS

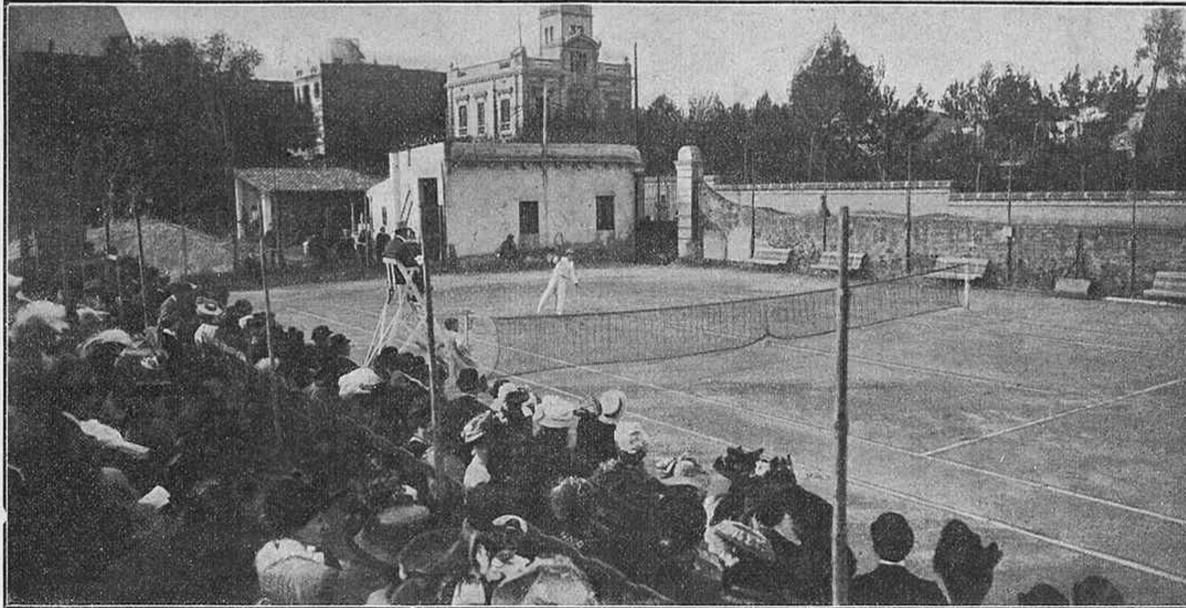
De la tan cacareada huelga de la alimentación, que había de crear un gravísimo conflicto en París y que al fin y al cabo ha sido un fracaso completo, sólo quedó la huelga parcial de los obreros panaderos, y aun ésta tan limitada y seguida con tan poco entusiasmo, que desde un principio únicamente hol-

ya tratando de echar en las artesas arena u otras materias menos inofensivas, ya intentando cortar las cañerías de agua y gas de las tahonas, ya agrediendo á los compañeros que no han querido abandonar el trabajo; pero el público, tomándose á veces la justicia por su propia mano, y el gobierno procediendo con energía y arrestando á los transgresores de la ley, han puesto á raya á los alborotadores.

En la Bolsa del Trabajo menudean las reuniones, en las que los propagandistas más conocidos procuran con sus exaltadas peroraciones mantener el calor de los huelguistas; pero sus esfuerzos se estrellan ante la pasividad de la inmensa mayoría de los obreros que no han querido abandonar el trabajo ó han vuelto á él pasados los primeros entusiasmos, y sus fogosas palabras apenas hallan eco entre la gran masa de la clase trabajadora, cada vez más convencida de que no son aquéllos los redentores que han de conducirla al logro de sus aspiraciones.

El objeto aparente de la huelga ha sido obligar á los patronos

á cumplir la ley del descanso semanal é impedir que los parlamentarios la mutilen á pretexto de mejorarla; pero con ocasión de la misma, la Federación del Trabajo ha formulado pretensiones relativas al aumento de salario, que exige sea de 49 francos por seis días de labor, y pagándose aparte las hornadas suplementarias. Los patronos han rechazado estas pretensiones con tanto mayor motivo cuanto que, como dejamos dicho, la huelga ha sido un fracaso y todo induce á creer que dentro de pocos días quedará restablecida la normalidad.—S.



BARCELONA.—QUINTO CONCURSO INTERNACIONAL DE LAWN-TENNIS. ASPECTO DEL CAMPO AL JUGARSE LA PARTIDA FINAL. (De fotografía de Pedro Romeu.)

garon 600 de aquéllos, entre 4.000 trabajadores del oficio, y aun la mayoría de ellos han vuelto poco á poco á sus faenas.

Esa huelga se acordó, como todas, en la llamada Bolsa del Trabajo, y no sólo para la capital, sino además para toda Francia; pero no ha sido secundada más que en dos ó tres capitales, como Marsella, Tolón y Montecón, pero en ninguna de ellas ha revestido importancia y en ninguna parte ha faltado ó siquiera escaseado el pan un solo día.

Los huelguistas han cometido algunas violencias,



PARÍS.—LA HUELGA DE LOS PANADEROS. UNA REUNIÓN DE OBREROS EN LA SALA DE LAS HUELGAS DE LA BOLSA DEL TRABAJO (De fotografía de M. Branger.)

CARTAGENA.—ENTREVISTA DE SS. MM. EL REY EDUARDO VII Y EL REY ALFONSO XIII

Toda la prensa diaria, y no solamente la española, sino también la extranjera, se ha ocupado extensamente de la reciente entrevista de los monarcas inglés y español en Cartagena,

la mesa el rey Eduardo con la reina María Cristina, y el rey D. Alfonso con la reina Victoria. El monarca español brindó felicitándose de la visita de los soberanos ingleses, recordando la cordial acogida que le dispensó el pueblo inglés, haciendo notar la intimidad de relaciones existentes entre las dos familias reinantes y estrechadas ahora por los lazos de parentesco, saludando á la escuadra inglesa y haciendo votos por la felicidad de SS. MM. británicas. Eduardo VII contestó á ese brindis con otro igualmente expresivo y afectuoso.

A la mañana siguiente, almorzaron los reyes juntos en el acorazado inglés *Queen*, y terminado el almuerzo, visitaron el acorazado *Venerable*; por la noche efectuóse la comida de gala á bordo del *Victoria and Albert*, reproduciéndose entonces las manifestaciones de cariño y simpatía mutuos entre SS. MM. Eduardo VII y Alfonso XIII, quienes, después del banquete se despidieron muy afectuosamente.

A las ocho de la mañana del 10 regresaron á Madrid SS. MM. y personas de su acompañamiento, y al mediodía zarpó el yate real inglés con rumbo á Mahón.

D. Alfonso XIII fué recibido en Cartagena con gran entusiasmo. El día de su llegada hubo en el Ayuntamiento recepción brillantísima. Durante su estancia allí, el rey visitó el arsenal y el crucero *Príncipe de Asturias* y recorrió la ciudad y sus afueras, siendo en todas partes aclamado.

También recorrió la población, obteniendo de todos grandes muestras de simpatía, S. M. la reina D.^a María Cristina. — S.

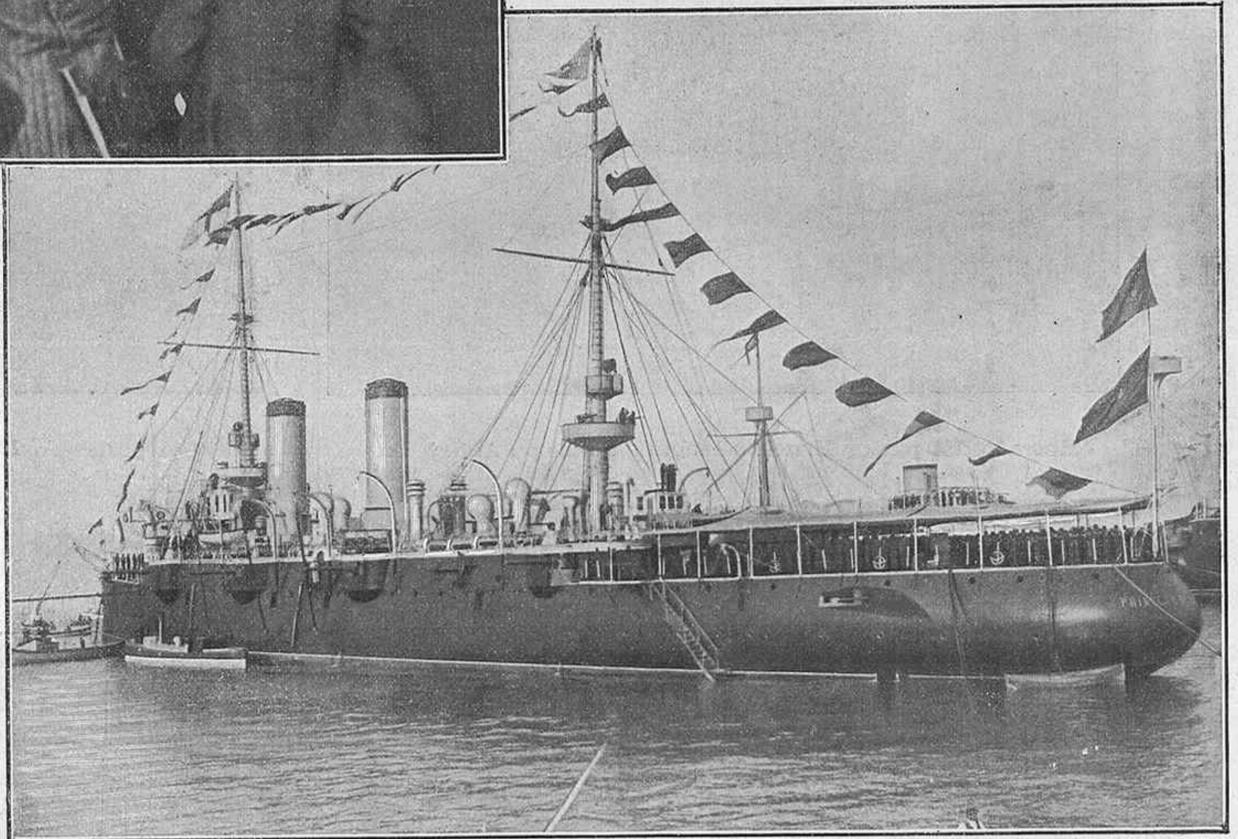


LLEGADA DEL TREN REAL Á CARTAGENA

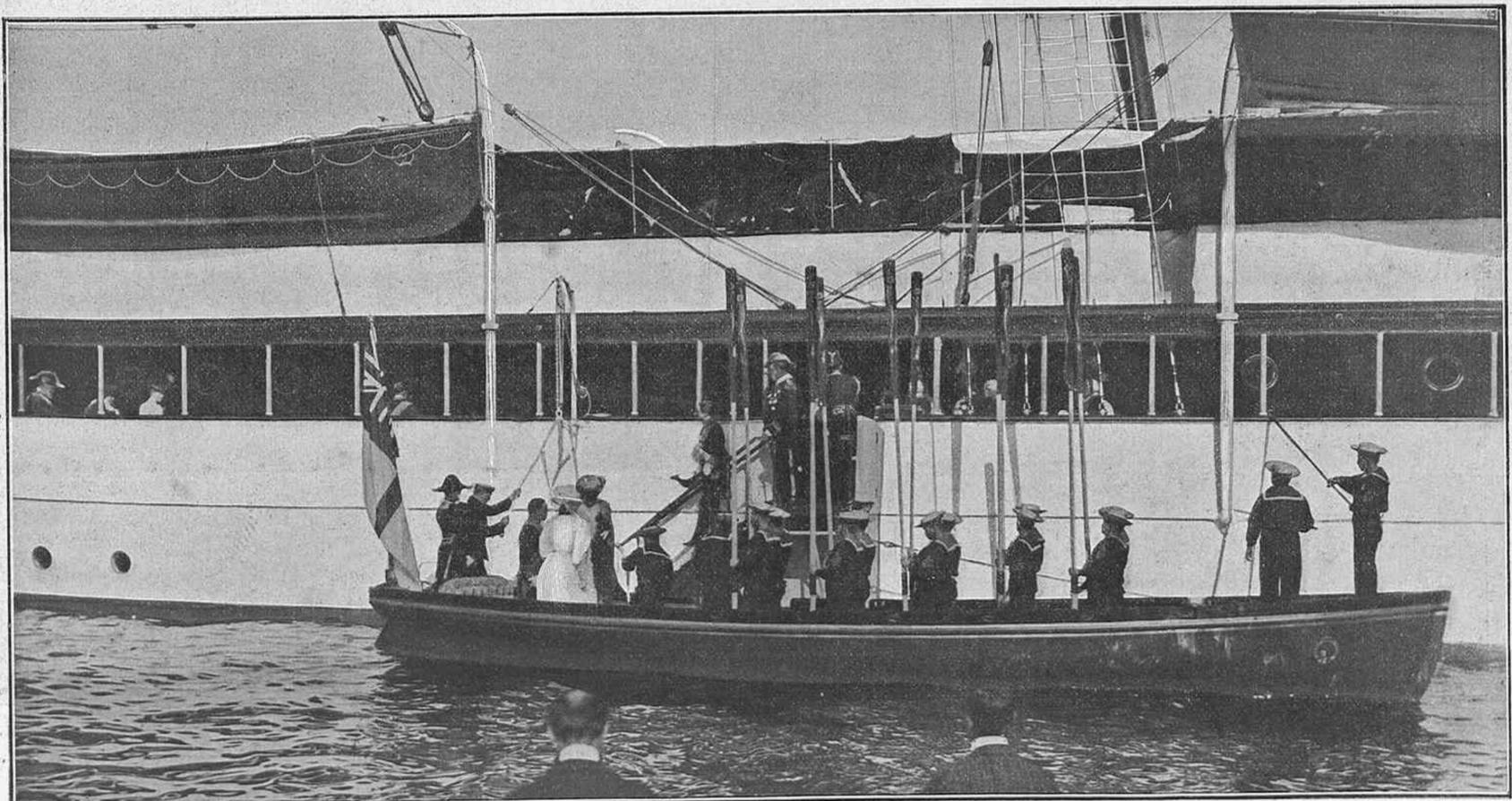
á la que se ha concedido mucho mayor alcance que el de una simple visita de cortesía. Unánimemente se reconoce que ese suceso tiene importancia internacional y, enlazándolo con los anteriores acuerdos de inteligencia entre España, Francia é Inglaterra, la diplomacia europea lo señala como síntoma de una alianza de las tres potencias para resolver cuantos problemas se planteen en el Mediterráneo y en particular en Marruecos. Difícil es saber de momento, dada la reserva usual en ese linaje de negociaciones, hasta qué punto tales suposiciones son ciertas; pero como, de serlo, los efectos han de ser muy pronto visibles, no hemos de tardar mucho en salir de dudas.

La entrevista celebróse en Cartagena en los días 8 y 9 de los corrientes. En la mañana del 8 llegó á aquella ciudad el rey D. Alfonso XIII, y poco después avistábase la escuadra inglesa que conducía al rey Eduardo VII y á su augusta esposa. El monarca español, á quien acompañaban la reina D.^a María Cristina, el infante D. Fernando, el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura, el ministro de Estado Sr. Allende Salazar y el embajador de España en Londres Sr. Villaurrutia, salió á bordo del *Giralda* al encuentro del yate real inglés *Victoria and Albert*, en donde los dos reyes celebraron su primera conferencia. Poco después los soberanos ingleses devolvieron la visita á los españoles, que los recibieron á bordo del *Giralda*.

Por la noche, hubo banquete de gala en el buque de guerra español *Numancia*. El improvisado comedor ofrecía deslumbrador aspecto. Ocuparon los centros de



EL CRUCERO ESPAÑOL «PRINCESA DE ASTURIAS» VISITADO POR S. M. D. ALFONSO XIII DURANTE SU ESTANCIA EN CARTAGENA



LOS REYES DE ESPAÑA DESPIDIENDO Á LOS SOBERANOS INGLESES Á BORDO DEL YATE REAL «GIRALDA»



Retrato del pintor Ernesto Hebert, pintado por A. N. Morot



Mignon, cuadro de C. Landelle



Retrato de la Sra. X, pintado por Alberto de Keller. (Exposición de los Secesionistas muniquenses, 1906.)



El can predilecto, grupo escultórico del príncipe Pablo Troubetzkoï



Fiesta popular rusa, cuadro de Ilya Rjepin

NUESTROS GRABADOS

MARÍA GAY

Hasta hace poco, esa artista eminente había se dedicado sólo á la música de concierto, cosechando en todas las grandes capitales en donde se dejaba oír ruidosos aplausos por la maestría con que interpretaba las más bellas composiciones de los músicos antiguos y modernos. Aquí en Barcelona, su patria, obtuvo también por entonces brillantes éxitos, siendo confirmada la fama de que venía precedida por nuestro público, que pudo admirar, así la belleza de su voz, como la irreprochable pureza de su escuela. Los *lieds* alemanes, las canciones francesas y los cantos populares catalanes tienen en María Gay una intérprete de condiciones excepcionales que sabe dar á las composiciones que ejecuta la expresión y el sentimiento adecuados, asimilándose fielmente la idea del autor y traduciendo con toda la intensidad de un corazón todo arte, toda poesía.

No contenta, sin embargo, con estos triunfos, deseosa de probar sus aptitudes en empresas más arduas, pensó en dedicarse á la ópera, y de pronto, casi sin ensayos, debutó en el gran teatro de la Moneda de Bruselas con la *Carmen*, esa obra bellísima en que el malogrado Bizet fundió en la suya el alma de la poética Andalucía. La primera noche, el público acogióla con cierta reserva; á la tercera representación la aclamaba con entusiasmo delirante. Desde entonces, encarnando el difícil personaje de la cigarrera sevillana, ha recorrido triunfalmente los principales escenarios de Europa: París, Londres, Milán y otras capitales han consagrado el fallo de Bruselas, reconociendo que ha sabido hacer de *Carmen* una verdadera creación.

María Gay, rompiendo abiertamente con la tradición, quiere y sabe acercar el tipo del personaje al de la vida real, y en vez de la enamorada elegante que de *Carmen* han hecho las cantantes más célebres, presenta en toda su crudeza, por decirlo así, «á la sevillana basta, sensual, perversa y diabólica que con sus danzas turba los sentidos y condena un alma con una mirada,» como, hablando de ella, ha dicho un notable crítico italiano.

Dentro de pocos días la oiremos en Barcelona, en donde, sin duda alguna, obtendrá el mismo éxito entusiasta que en todas partes.

Sea bienvenida la eminente artista, cuyo retrato honra hoy las páginas de este periódico.

Mas no se circunscribe á esto solo su empleo en los organismos militares, sino que recientemente el ministerio de la Guerra de Francia ha adquirido tres automóviles para destinarlos á ambulancias sanitarias. Son coches Panhard, de 24 caballos de fuerza, con *carrosserie* limusina, amortiguadores Krebs y neumáticos Michelin, en los que caben ocho heridos sentados y cuatro cómodamente tendidos.



MDLLE. MARIA GAY, AS CARMEN.

La celebrada cantante barcelonesa MARÍA GAY en la ópera *Carmen*, que cantará en breve en el Teatro Principal de esta ciudad y de cuya protagonista ha hecho una verdadera creación. (De fotografía de Histed.)

LOS AUTOMÓVILES

EN EL EJÉRCITO

El automóvil ya no es solamente el vehículo de lujo que se ostenta en los paseos, ó favorece el turismo, ó lucha en desenfrenadas y á menudo mortíferas carreras; sus ventajas, unánimemente reconocidas, han determinado su utilización para servicios públicos, ora conduciendo pasajeros en el interior de las urbes, ora reemplazando á las antiguas diligencias para las comunicaciones entre los pueblos rurales, ora facilitando la conducción de la correspondencia ó el acarreo de mercancías.

Los ejércitos también han utilizado elemento tan valioso para sus fines guerreros, y hoy el automóvil es de uso corriente en muchas naciones como medio de transporte y aun como máquina de ataque y de defensa.

Ocioso nos parece señalar la superioridad de esos vehículos, que el adjunto grabado reproduce, sobre los que hasta ahora se habían empleado para el expresado objeto, y no dudamos de que el ejemplo del ministro francés será imitado por los de otras naciones.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

El vuelo de ánades silvestres, cuadro de Juan F. Millet. — Hace dos semanas, á propósito de la reproducción de otro cua-



PARÍS. — PRIMEROS AUTOMÓVILES DESTINADOS Á AMBULANCIAS MILITARES. (De fotografía de M. Branger.)

dro de este mismo autor, expusimos en breves conceptos lo que en la historia del arte significaba la obra admirable del gran artista francés. Téngase por repetido lo que entonces dijimos y que es perfectamente aplicable al cuadro bellísimo, lleno de encantadora poesía, que hoy publicamos.

Retrato del pintor Ernesto Hebert, pintado por A. N. Morot.

— Sin más que contemplar esa venerable cabeza y fijarse en esa reposada actitud, se advina que el retratista ha reproducido fielmente la imagen del retratado, y no sólo la imagen física, sino también el espíritu que la anima. Detrás de aquella frente se percibe un mundo de ideas; en aquellos ojos se refleja una visión ahondadora, y en aquel gesto se revela una acción reflexiva; y éstas son, en efecto, las cualidades características del eminente pintor Hebert.

Mignón, cuadro de C. Landelle. — Toda la melancolía de la pobre niña á quien el vago recuerdo de su infancia y las tristezas de su adolescencia hacen añorar «el país en donde el naranjo florece,» hállase expresada en esa interesante figura tan admirablemente pintada por el notable artista francés. En la *Mignón* de Landelle se resumen la poesía toda de la ideal creación de Goethe y las duces melodías de la ópera de Thomas.

Retrato de la Sra. X, pintado por Alberto de Keller. — Este pintor muniquense es tenido por uno de los mejores retratistas alemanes. En la última exposición de los secesionistas de Munich presentó seis retratos, entre ellos el que reproducimos, á cual más bello. Sus obras de este género se distinguen por su elegante factura, por la armonía de los tonos, por el acierto en la combinación de los elementos accesorios y muy particularmente por la naturalidad de la expresión y de la actitud del retratado.

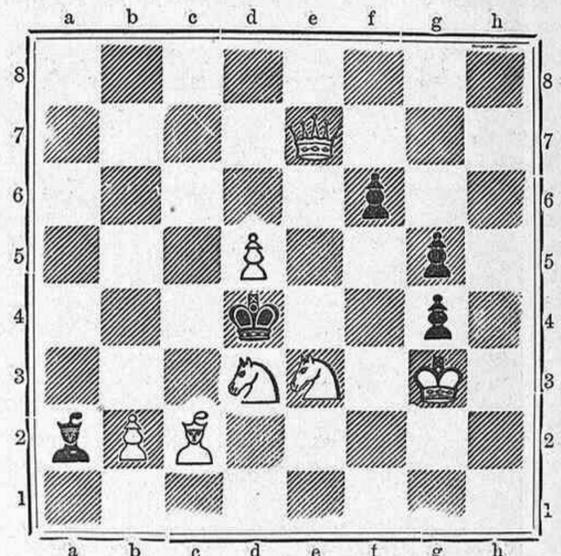
El can predilecto, escultura de Pablo Troubetzkoi. — Quien juzgara á Troubetzkoi por ese delicado grupo, creeríalo adepto de esa escuela que sólo se preocupa de la elegancia de la línea puesta al servicio de un arte ligero; mas conociendo otras obras suyas, entre ellas la estatua del famoso escultor Rodin, de un vigor y firmeza imponderables, hay que confesar que el príncipe artista ruso domina por igual los géneros más opuestos y ajusta de un modo perfecto su técnica á la índole de cada asunto.

Fiesta popular rusa, cuadro de Ilja Rjepin. — Ruso es también el autor de ese bellissimo cuadro y es casi el decano de los pintores de su país, siendo considerado como maestro eminente por la generación actual. Cultiva con predilección el retrato, pero no descuida otros géneros, especialmente el de las costumbres populares, y de la maestría con que sabe reproducirlas es buena prueba el lienzo suyo que en este numero publicamos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 459, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 458, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cb6xd5 | 1. Rb3-c4 |
| 2. Db1-d3 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. T ó P mate. | |

VARIANTE

- 1..... Rb3-a4; 2. Db1-d3, etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, Paris.



Toda esta pompa religiosa desfiló por entre las dos hileras apretadas y silenciosas de la multitud

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

I.

En el aire tibio de una magnífica tarde de junio, voltearon las campanas de la catedral de Angers, y el viento suave que empujaba en el azul intenso del firmamento algunas blancas nubecillas, llevóse aquellos alegres tañidos por encima de la ciudad, más allá del antiguo campo de Fremur, hacia el Loire.

De pie en la puerta del invernadero, cuyos transparentes resguardaban del sol su cutis delicado, Aurette inclinó un poco la cabeza hacia un lado para oír mejor; las campanadas sucedíanse graves y sonoras, llenando de notas y de armonías misteriosas los grandes álamos y los abetos que formaban una cortina de follaje en torno de la casa escondida entre sus ramas.

—Han terminado las vísperas y ahora sale de San Mauricio la procesión, dijo á un criadito que delante de ella contemplaba inmóvil las flores que su ama preparaba.

Fuése el muchacho y Aurette examinó su obra; era ésta un sencillo ramillete destinado á adornar el centro de la mesa en que debía celebrarse la comida de aquel hermoso domingo de Corpus; pero un ramillete, aun siendo sencillo, puede contener muchas cosas, y aquél era todo un poema. No había en él más que flores escogidas: pelargonios blancos con vetas de púrpura ó de rosa, heliotropos delicados, hojas aladas de adiantos, rosas amarillas, finas y raras, rosas blancas con los pétalos centrales encarnados, y acá y allá algunas ramitas de una madre selva exótica; era, en una palabra, un encaje de colores y de perfumes.

Aurette se inclinó sobre su ramillete puesto en un cucurucho de cristal de Bohemia, lo contempló, lo aspiró y con una cintita que á prevención llevaba, atólo con gran destreza sin sacarlo del jarro; después lo cogió para cerciorarse de que, aun privadas de apoyo, las flores conservarían el puesto que le había señalado, y en vista del buen éxito de la prueba volvió á colocarlo en el cucurucho, que llenó de agua hasta el borde.

«Creo que nunca he hecho un ramo tan bonito como éste,» pensó, mientras una sonrisa casi triunfal iba desde su boca á sus lindos ojos iluminando aquel semblante juvenil y encantador en el que asomaba un rubor fugaz.

Después se inclinó hacia las flores y besó sus aromas extremidades.

El rodar de un coche sobre la arena la arrancó de

su preocupación, y echando á correr hacia la casa, volvió á salir en seguida tocada con un sombrero que dejaba en la penumbra sus cabellos claros y sus oscuros ojos.

—Papá, dijo volviéndose hacia una de las ventanas que daban sobre la escalinata, venga pronto, ó llegaremos tarde y Julia nos reñirá.

Apareció entonces el Sr. Leniel, á quien un rebelde reumatismo hacía cojear ligeramente, sin que ello menguara la nobleza de su paso. Su elevada estatura, su cuerpo erguido á pesar de los frecuentes ataques de dolor y le hablo semblante pálido, justificaban el nombre que se habían puesto en la época en que le llamaban el guapo Leniel.

Después de haberse sentado, no sin alguna dificultad, en el fondo del carruaje, volvióse hacia su hija mayor preguntándole:

—Y Sidonia, ¿no viene?

Una ligera sombra veló las delicadas facciones de Aurette mientras respondía negativamente.

—Y Carlos, ¿no viene tampoco? ¿Tanto lujo para nosotros dos solos? Corriente.

El coche, arrastrado por dos buenos trotadores, llevó á Aurette y á su padre, sentados una al lado de otro.

A medida que se acercaban á la ciudad, el señor Leniel parecía reflexionar.

—¿No te parece que Sidonia se vuelve demasiado seria?, preguntó á su hija.

Aurette se había ruborizado imperceptiblemente; la más leve emoción hacía afluir un poco de sangre á su rostro, de una blancura delicada y suave como la de la magnolia.

—¿Demasiado seria?, dijo con cierto acento de vacilación.

—Sí, triste..., qué sé yo; pero es indudable que ha variado, pues antes era la despreocupación misma. ¿Estará enferma?

—No, por lo menos así lo espero.

Después de una corta pausa, volviendo hacia su padre su semblante lleno de bondad, añadió con expresión casi suplicante:

—¡Es muy joven, papá!

—¡Joven!, repuso el Sr. Leniel riendo. ¡Ya lo creo que es joven! Tampoco tú eres vieja, ni lo es Carlos, ni Julia... ¡Todos los jóvenes, pajaritos míos! En nuestro nido no hay más viejo que yo.

Y al decir esto, lanzó un prolongado suspiro. La muerte de su esposa, acaecida cuatro años antes, le había quebrantado profundamente, y sin la solicitud

de su primogénita, sus hijos habrían corrido peligro de quedarse huérfanos.

—¡Oh, yo!, exclamó Aurette con una sonrisa radiante. ¡Yo soy vieja, venerable! Pronto cumpliré veintitrés años y es en vano querer disimularselo.

El Sr. Leniel miró á su hija con tal intensidad de cariño, que el corazón se le oprimió.

Aurette deslizó sobre la mano que Leniel tenía apoyada en la rodilla la suya, fina y enguantada, y apretó rápidamente aquella buena y cariñosa mano paternal, aunque sin mirar á su padre por temor de enternecerle. En aquel momento, las campanas de la catedral rompieron en un momento, casi encima de sus cabezas.

—Mire, papá; ya entra la procesión. Habremos llegado precisamente á punto para recoger á Julia.

En efecto, la procesión avanzaba por debajo de los árboles del boulevard entre dos filas de gente curiosa y respetuosa al mismo tiempo. Los troncos de los árboles estaban rodeados de blancos fieltros, en los que había clavadas con singular gusto flores y hojas; por encima de las cabezas flotaban suavemente largas tiras de muselina que colgaban de los balcones, y oriflomas sembradas de estrellas de oro balanceábanse suavemente por encima de las cabezas; todos los vecinos ingeniábanse á porfía para decorar sus casas de una manera ingeniosa, casi para decorar ta. Mientras llegaba la procesión, un hércules había extendido su alfombra en el suelo y ejecutaba ejercicios de fuerza que los bobalicones contemplaban con la boca abierta.

—He aquí una cosa que recuerda la Edad media, dijo el Sr. Leniel con sonrisa indulgente. Del mismo modo histriones y juglares precedían antiguamente á la representación de los misterios.

En esto oyóse á poca distancia un redoble de tambores que tocaban á llamada, y el saltimbanquis recogió la alfombra y se fué algo más lejos á ejercer sus habilidades.

El coche se había detenido, por orden de Aurette, á la esquina del boulevard, desde donde Aurette, hija, puestos de pie, presenciaron el paso del cortejo.

Abrían la marcha los tambores de la ciudad tocando sus instrumentos con aire digno, á pesar de que sus sombreros redondos les quitaban algún prestigio; seguían las niñas vestidas de corto, y otras rizadas y ataviadas con sus trajecitos blancos, y otras muy chiquitas, andando á paso corto y ligero y llevadas algunas de ellas de la mano tutelar de sus hermanas ó de sus madres. Venían después las que aquel año habían

hecho la primera comunión, con sus vestidos de muselina blanca y sus largos velos; detrás iban estandartes, oriflomas, las letanias de la Virgen en banderas blancas ó azules, las Virtudes teologales y algunas santas representadas por hijas de familias acomodadas, otras muchachas que llevaban sobre un almohadón las insignias de su cofradía; en una palabra, toda una juventud virginal, vestida de blanco que avanzaba entonando cánticos.

María Magdalena, con su túnica de pequeños pliegues y su cabellera rizada que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, caminaba mirando al suelo.

—Ahí está Julia, dijo Aurette en voz baja.

La María Magdalena, advertida por una intuición secreta, alzó un momento los ojos, vió los semblantes satisfechos de su padre y de su hermana y les dirigió una sonrisa en la que se mezclaban por modo raro la alegría familiar y el éxtasis religioso; después la sonrisa se desvaneció, y Julia, recobrando su porte humilde, pasó por delante de ellos como ensimismada en la oración y en el arrepentimiento.

—Mucho me place que sea este el último año de convento, murmuró el Sr. Leniel; pues de seguir como hasta ahora, acabaría por desprenderse enteramente de nosotros.

—¡Papá!, exclamó Aurette con acento dulce. ¡No vaya usted á tener celos de Dios!

—No los tengo, porque pronto volverá á nuestro lado, respondió el Sr. Leniel gravemente.

Ahora desfilaban los muchachos, primero los más pequeños, como en la sección de niñas, pero costando mayor trabajo conservar entre ellos el orden. Un minúsculo San Juan Bautista, vestido con un traje de punto rosa y una piel de cordero, parecía sofocado por el calor y por el orgullo á la vez; un Jesús de diez ó doce años llevaba sin fatiga y sin dolor su cruz hueca, y un San Luis de la misma edad que llevaba la corona de espinas sobre un almohadón de terciopelo encarnado, barría el polvo con su manto real con franja de armiño, con la arrogancia de un niño que se siente bello y admirado.

Toda esa pompa religiosa desfiló por entre las dos hileras apretadas y silenciosas de la multitud, que se juntaban casi inmediatamente después de haber pasado el palio, cerrando así la procesión. Algunos, sin embargo, se separaban de los grupos y se encaminaban apresuradamente á otro sitio para volver á disfrutar del espectáculo.

—A la catedral, dijo Aurette al cochero.

Y el coche echó á andar lentamente por las calles, cuyos vecinos quitaban á toda prisa los adornos de la fiesta á fin de terminar alegremente el día fuera de casa.

El Sr. y la Srta. Leniel llegaron al presbiterio de San Mauricio cuando la procesión doblaba la esquina del palacio arzobispal. Las verjas y las paredes desaparecían bajo curiosos tapices, admirablemente conservados, que formaban parte del tesoro de la catedral acumulado durante varios siglos. Por segunda vez pasó por delante de ellos toda aquella magnificencia un tanto teatral; el cortejo iba más de prisa, con evidente deseo de regresar á la iglesia. La María Magdalena, que continuaba caminando con los ojos bajos, pálida, cansada, sin hacer caso alguno del murmullo de admiración que su belleza provocaba en una muchedumbre más selecta que la del boulevard, no vió entonces á su padre ni á Aurette. Ésta, que había bajado del coche, cogió del brazo á su hermana en el momento en que iba á trasponer el pórtico al son de los órganos atronadores y bajo la tromba de armonía indescriptible que formaban las campanas.

Julia se estremeció y quedóse inmóvil, y las jóvenes que la rodeaban se adelantaron á ella, casi corriendo, para ocupar su puesto en el coro. Una religiosa, que acudió con aire inquieto para enterarse del motivo de aquella detención, dulcificó la expresión de su rostro al reconocer á la Srta. Leniel.

—Julia está demasiado fatigada, madre, dijo Aurette, y temo que caiga enferma. ¿Me permite usted que me la lleve en seguida?

El tono de su voz no admitía réplica, así es que la religiosa, después de mirar el semblante consumido de su alumna, asintió con un ademán.

Aurette llevóse aparte á su hermana, dentro de la iglesia y cerca de la puerta de entrada, y recogiendo rápidamente los rubios y suaves cabellos que formaban como un manto regio en aquel cuerpo endeble, sujetólos como pudo con algunas horquillas, que se quitó de su propia cabeza. Luego le puso un sombrero de paja adornado simplemente con una cinta blanca que á prevención traía, y se la llevó al coche, sentándola en él. Todo esto no había durado dos minutos.

—A casa, dijo Aurette, echando sobre su hermana un guardapolvo gris que le dió el aspecto de una señorita que salía de paseo con sus padres.

El viejo cochero fustigó los caballos, y Julia, despertada repentinamente de su semialucinación, volvió á la vida real.

—Buenos días, papá; buenos días, Aurette, dijo mientras sus mejillas recobraban color y sus ojos violáceos expresión. ¡Ah, cuán cansada me siento!

Y estiró las piernas, apoyándolas en el asiento de delante con graciosa flexibilidad. Aquel movimiento le causaba verdadero placer.

—Estaba anquilosada física y moralmente, añadió riendo, y al ponerme el sombrero, te aseguro, Aurette, que me has devuelto la circulación.

El padre sonrióse por vez primera desde que la había visto en el cortejo religioso.

—En el Nido te desentumecerás, dijo. Hoy comen con nosotros los Bertholón.

—¡Por supuesto!, exclamó Julia.

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

—¿Has hecho un hermoso ramillete?

—Creo que no estará mal, replicó Aurette alegremente.

Y al decir esto, subió á sus mejillas el mismo ligero rubor que las tiñera cuando había rozado las flores con sus labios.

—Y la señora de Bertholón se lo llevará como de costumbre, repuso Julia fijando en Aurette una mirada perspicaz que le llegó hasta el fondo del alma.

Aurette se sonrió ligeramente como si pidiera gracia á su hermana, y ésta la miró con infinita ternura.

Diez minutos después bajaban del coche delante de la escalinata de su vivienda, tan lindamente denominada «Nido de pájaros,» y á la cual, para abreviar, se la llamó el Nido, nombre con que la designaban hasta los carteros. Allí había el Sr. Leniel, veinticinco años antes, adquirido y arreglado para su joven esposa aquella mansión antigua, entonces de humilde apariencias y luego convertida en una de las más encantadoras casas de campo de los alrededores de Angers.

Una señora de cincuenta á sesenta años les esperaba en lo alto de la escalera.

—Me he anticipado, dijo con amable sonrisa; y no hago esta manifestación para indicar á ustedes que han llegado con retraso, puesto que no les esperaba tan pronto.

—Hemos tenido la suerte de poder recoger á Julia en el momento en que la procesión entraba en la catedral, repuso el Sr. Leniel. Celebro en el alma que haya venido usted tan temprano, porque así será más larga la velada. Y su hijo, ¿dónde está?

—Creo que en el parque; no había nadie para recibirnos.

—¿No está ahí Carlos?

—Quizás habrá salido; no le he visto.

—¿Y Sidonia?

—Tampoco la hemos encontrado; pero ya parecerán, no lo dude usted.

La señora de Bertholón se había mordido los labios al pronunciar estas últimas palabras. El señor Leniel apartó los ojos algo contrariado; Julia había palidecido y todos parecían poco satisfechos.

—¡Ahí vienen!, exclamó el padre con expresión de alivio.

En efecto, á la vuelta de una alameda aparecieron Raúl Bertholón y Carlos, seguidos de Sidonia, que con aire distraído se entretenía haciendo lazos con la cinta de su cinturón, soltándola luego y volviéndola á recoger.

—¡Venid de una vez!, dijo el Sr. Leniel algo malhumorado. Deberíais haber estado aquí para recibir á nuestros invitados.

Sidonia permaneció con los ojos bajos sin decir una palabra; Carlos balbuceó una excusa, besó á su hermana pequeña y en seguida se puso á hablar con la señora de Bertholón.

Raúl se había acercado á Aurette y ambos habíanse estrechado las manos silenciosamente. Hacía un año que se decidiera su matrimonio, y en este tiempo no habían tenido quizás diez veces ocasión de hablar juntos largo rato; pero Raúl iba con su madre á comer todos los domingos al Nido, y en cada una de esas visitas la joven sentía que su alma volaba cada vez más enamorada hacia su prometido.

Aurette veía á Raúl adornado con todas las virtudes y con todos los méritos; era un buen muchacho, inteligente, aunque algo pusilánime y sin facultades especialmente notables; pero ella le suponía dotado de mucho talento y esperaba de él, cuando estuvieran casados, grandes cosas. ¿Cuáles? No lo sabía, mas no dudaba de que serían grandes. Tenía veinte años, y en espera de empresas mayores, había abrazado la carrera de arquitecto, como se hubiera hecho albañil, y aún no había construído nada. Hijo único, tendría por su madre unos veinte mil francos de renta, lo cual le dispensaba de cualquier otro esfuerzo, porque no era ambicioso.

Más adelante, cuando trocara por la libertad del matrimonio la semitutela indefinidamente prolongada de una madre un si era ó no déspota, ¡entonces sí que realizaria obras hermosas! Y aunque no decía qué obras serían esas, Aurette le escuchaba extasiada y con una sonrisa llena de confianza. No tenían tiempo de comunicarse sus proyectos, porque casi siempre estaba con ellos la señora de Bertholón, afable, benévola, eso sí, para con su futura nuera, pero presente, lo que ponía á veces en los labios de su hijo un murmullo más aburrido que respetuoso.

Cuando esto sucedía, Aurette le calmaba con una mirada pidiendo indulgencia. ¡Comprendía los celos de aquella madre! Ella en su lugar habría hecho lo mismo, porque ¿caso podía quererse demasiado á aquel hijo adorable? Además, la señora de Bertholón no siempre estaría presente; pronto tendrían ellos su nido propio. Habían de casarse en septiembre, cuando Julia, reinstalada definitivamente en el hogar paterno, recibiera de manos de Aurette el gobierno de la casa.

En el entretanto, Aurette hacía todos los domingos, como adorno para la mesa, un ramillete que su futura suegra se llevaba; y aquel ramillete era un poema en el que se vertía sin reserva su amor tierno y confiado, y cuyos perfumes y colores eran el lenguaje, exento de necias alegorías, pero ardiente como el grito de la pasión, por medio del cual la joven pura expresaba los sentimientos, para ella misma desconocidos, que á veces la conturbaban. Y cuando lo confeccionaba, pensaba Aurette que al día siguiente y aun en los días sucesivos, aquel ramillete hablaría de ella á su prometido, mientras las flores no se marchitaran.

—¿No será malo amar hasta este punto?, preguntábase algunas veces inquieta.

Mas pensando que aquel á quien de tal modo amaba sería pronto su marido, se tranquilizaba, bien que emocionada todavía y presa de un vago temor que la hacía estremecerse.

—¿De modo que le quieres mucho?, habíale preguntado un día Sidonia mordisqueando los pétalos de una rosa que acababa de coger.

Aurette había inclinado la cabeza, mirando dentro de sí misma, espantada de aquella intensidad de pasión que en el fondo de su alma descubría. Sus veintitrés años daban á aquel amor permitido una fuerza que no pueden conocer las muchachas apenas salidas de la adolescencia.

—¿Y si él ó tú os volváis pobres? ¿O si por una razón cualquiera se deshiciere tu boda?, preguntó Sidonia con acento un tanto burlón.

—¡Me moriría!, respondió sencillamente Aurette. Sidonia la miró con aire de incredulidad. ¡Son tan pocos los que mueren de amor en nuestros días, esto suponiendo que antes muriesen más! ¡No diría ella cosa semejante! Más valía desdeñar á un ingrato y no morir. ¡Es tan buena la vida!

Sidonia tenía diez y nueve años. Huérfana de padre y madre, había sido recogida, siendo aún muy niña, en el Nido por la bondadosa señora de Leniel. Su padre había quebrado, bien que algunos decían que había sido intencionadamente para no desprenderse de cantidades comprometidas en otras partes, y sobre su muerte habían circulado rumores desagradables. Afirmábase que se había suicidado por una mujer, causante de su ruina. ¿Era verdad? ¿Quién se acordaría de ello cuando hubieran transcurrido una docena de años? Pero en el ínterin, la niña, de quien era madrina la señora de Leniel, no podía ser abandonada; por esto la llevaron al Nido y allí se quedó.

A la muerte de la señora de Leniel, Aurette se encargó de la dirección de la casa: tenía entonces diez y ocho años; su hermana Julia contaba once y Sidonia catorce. Estas dos estaban en el convento, en donde terminaron su educación; Sidonia había salido de él el año antes, cuando acababa de decidirse el matrimonio de Aurette con Raúl.

La huérfana había acogido la noticia con gran frialdad; la idea del matrimonio le producía un ligero estremecimiento de mal humor. Aunque educada al igual que Julia y tratada como una hermana por ésta y Aurette, se había hecho cargo, de esa manera imperceptible como se aprende aquello precisamente que debe ignorarse, de su situación inferior respecto de la sociedad y de la familia que la había adoptado. Perspicaz y altiva, Sidonia había comprendido que no tenía probabilidad alguna de casarse, y los matrimonios de los demás no le agradaban.

—Y sin embargo, te casarás, díjole un día Julia para hacerla rabiar.

—¿Yo?... ¡No! Me ganaré la vida, seré institutriz. El Sr. Leniel habíase opuesto resueltamente á esto; no obstante, había permitido á Sidonia que se presentara en los exámenes, en los cuales había obtenido mala nota.

—¡Tanto mejor!, dijo el jefe de familia. De este modo, por fuerza habrás de quedarte con nosotros.

Sidonia recibía para sus pequeños gastos una pensión igual a la de Julia; los pequeños criados la trataban como hija de la casa, y ella era la única que se obstinaba en trazar una línea de demarcación, más aparente que real, sin embargo, entre ella y las señoritas Leniel. Por ejemplo, nunca salía en coche sola con Aurette para no verse obligada a sentarse en la banqueta delantera cuando el Sr. Leniel y su hija ocupaban los asientos del fondo.

Y al lado de esto, una apatía real, verdadero contrasentido de esas supuestas muestras de dignidad, una indiferencia casi absoluta para las pequeñas molestias de la vida, que la hacía estar alegre y á veces alborotada, cuando lógicamente debiera haber sido una muchacha hosca y ceñuda.

Carlos Leniel, cuatro años mayor que Aurette, regresó al Nido casi en el momento en que se concertaba la boda de su hermana. Había viajado durante muchos años por cuenta de la casa de banca en donde su padre tenía algunos intereses; volvía de la India, después de una larga permanencia en aquellas regiones, y sin embargo, su patria le parecía más bella, más deseable, más seductora que otro país cualquiera.

Cuando en las noches de verano, sentado en la terraza del Nido, relataba á los suyos sus viajes, más de una vez se interrumpía para decir: «Pues esto es mucho más hermoso que todo lo demás.»

El Loire y el Maine que á sus pies trazaban cintas azules ó plateadas en las praderas; las accidentadas y altas, los árboles de colores y de formas tan ricas que parece que en los álamos y en los alisos más ordinarios se descubren nuevas esencias, todo aquel paisaje cantado por los poetas le inundaba de una dulzura y de una alegría infinitas.

—He nacido para vivir aquí, decía, y el destino hace de mí una especie de Cristiano errante; pero ya que no puedo vivir aquí, á lo menos aquí moriré.

Sidonia le escuchaba, y cuando él se declaraba ardientemente angevino, volvía desdeñosamente su lindo rostro, cuyas facciones algo demasiado marcadas tenían, sin embargo, un encanto indefinible.

Alta y esbelta, pero de estructura robusta, muy caídos los hombros, largo el cuello y bien conformada la cabeza, solía encoger la barba, imprimiendo con ello á su semblante, de sí altivo, una expresión de mando compensada por su sonrisa y su mirada apáticas. Se veía que le habría gustado dominar, pero que, en el fondo, no siéndole esto posible, se amoldaba á una existencia en la que todo le era indiferente.

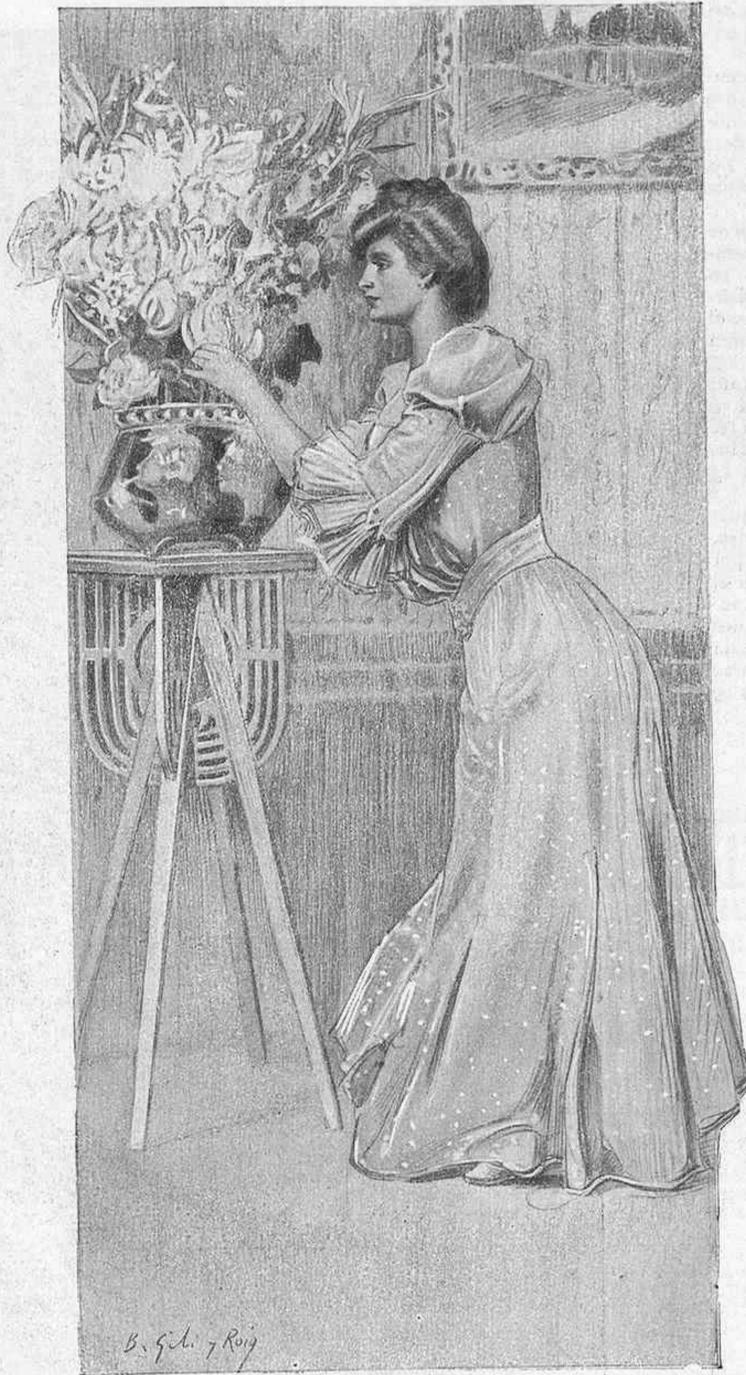
Nada más vejatorio para un hombre que esa presunción de indiferencia. ¿Qué importa que á uno lo adoren los suyos, lo estimen sus superiores y lo consideren sus iguales, si una muchacha que ha fracasado en sus exámenes no hace de él caso alguno?

Carlos sentía vagamente esta mortificación sin darse cuenta clara de ella. Había conocido á Sidonia niña, y á fuer de hijo respetuoso con su madre, á la que amaba sobre todas las cosas, había aceptado como hermana; es más, cuando la muerte de la señora de Leniel y la enfermedad de su padre le habían obligado á mirar enfrente á su responsabilidad eventual de jefe de familia, había destinado una parte de la herencia paterna á su hermana adoptiva, á fin de que el cariño que sus padres profesaban á la huérfana tuviera un efecto real aun en el porvenir más lejano. De aquí que recibiera con despecho fraternal los desdenes de Sidonia y que, movido por un espíritu de conciliación familiar, intentara tener con ella una explicación sobre el particular.

Sus conversaciones acababan siempre del mismo modo: ella haciéndole rabiar y él diciéndole unas cuantas verdades bastante crudas; y Aurette se pasaba el tiempo apaciguando sus disputas, á las que á menudo ponía término Sidonia con algunas palabras más ó menos sinceras. Después, todo aquel alboroto fué poco á poco calmándose. Carlos se ausentaba de cuando en cuando para no perder la costumbre de los negocios; se disponía á partir de nuevo para la India después de la boda de su hermana é iba haciendo paulatinamente los preparativos para el viaje. Las disputas de los dos jóvenes no turbaron ya la tranquilidad del Nido, pero Aurette se sintió desasegada.

Terminaba la comida en el gran comedor cerrado

por tres de sus lados con vidrieras, una de las cuales estaba abierta y dejaba ver el delicioso paisaje bañado por la claridad del sol poniente. El aire estaba impregnado de paz y de gloria; las flores del ramillete hecho por Aurelia difundían un perfume parecido á una música divina; fuera, cantaban los pájaros, los



Creo que nunca he hecho un ramo tan bonito como éste

mirlos sobre todo que de un árbol á otro se llamaban con trinos de ruiseñores; y en la mesa, las frutas de los postres se desplomaban sobre las fuentes de Limoges, de un blanco crema puro y cálido á la vez, rodeados de un delicado encaje de porcelana.

La Sra. de Bertholón lanzó un suspiro de bienestar y se recostó en el respaldo de la silla; su mirada vivaz y escrutadora pasó revista de los comensales y se detuvo en Carlos, que apenas había hablado durante la comida.

—¿Cuándo vuelve usted á la India, Carlos?, dijo con voz penetrante, aunque casi baja.

El joven se estremeció como si le hubieran tocado en algún punto doloroso, y mirando á la anciana de un modo poco benévolo, respondió haciendo algún esfuerzo:

—Señora, cuando se haya celebrado la boda de mi hermana, según hemos convenido.

Una profunda mirada se deslizó entre las pestañas entornadas de Sidonia, la cual encogió la barba, como de costumbre, y paseó sus ojos de un gris cambiante por todos los comensales sin detenerse en ninguno.

—Será para usted un gran sacrificio, según creo, prosiguió la señora de Bertholón sin alzar la voz.

—¡Oh, sí!, respondió Carlos suspirando con indecible tristeza.

El Sr. Leniel se levantó.

—No hablemos de eso, dijo afectuosamente; aparte de que esa ausencia no será eterna. Mi hijo construye su fortuna como yo construí la mía, á fuerza de trabajo, de paciencia y de algunos sacrificios...

—Sí, padre mío, repuso Carlos con dulzura; pero usted no se veía obligado á expatriarse.

—Expatriación es una palabra cruel, hijo mío, más cruel que la cosa en sí misma, replicó el Sr. Leniel; sobre todo cuando se tiene la libertad de regresar renunciando á la carrera.

—No sería propio de un hombre animoso, dijo Julia, que aún no había pronunciado una palabra.

Su voz breve y cristalina resonó como un golpe dado en un timbre.

Reinó después el silencio y todos salieron del comedor, sentándose en la terraza para tomar el café. Aurette lo servía y Julia distribuía las tazas; ésta se había quitado el vestido de muselina, substituyéndolo por un traje de lana de un gris plateado que le daba un aspecto casi monacal.

Poco á poco reanimóse la conversación; los caballeros encendieron sus cigarros. Raúl, usando de sus derechos, habíase sentado al lado de su novia y lanzaba al aire espirales de humo, de una manera que parecía ser de hondos meditaciones; pero en realidad no pensaba en nada y se hallaba en la plena beatitud de una buena comida pasada y de un magnífico cigarro presente. Las estrellas surgían en el espacio á mucha distancia unas de otras y apenas visibles, luego aparecían más numerosas y más brillantes á medida que las tintas cálidas del crepúsculo se fundían en el delicado gris del firmamento. Aurette sentía como si su alma se exhalara en perfumes y volara hacia los astros.

Dentro de unos pocos meses, aquel esplendor divino sería suyo, tal como soñaba poseerlo; también Raúl estaría sentado junto á ella, pero entonces sería su marido; nadie les separaría, nadie tendría derecho á interponerse entre ambos; ella estrecharía en la suya aquella mano fresca y vigorosa que ahora sólo oprimía sus dedos al saludar y al despedirse, dejando en su alma la impresión de un deslumbramiento, y aquel ensueño de una posesión definitiva, total, resumíase para ella en dos brazos cruzados sobre sus hombros sumisos, fundidas, por decirlo así, en aquel abrazo, que se parecía al de su padre cuando, siendo muy pequeña, se la llevaba para acostarla, y que tenía al mismo tiempo un no sé qué de aplacamiento de una sed moral, sed de cariño, de confianza y de reposo.

Dentro de unos meses, mejor dicho, dentro de unas semanas, podría llamar en alta voz por su nombre á aquel á quien ahora llamaba sólo para sí misma á cada instante; podría decirle todo lo que de improviso acudía á su mente, todas las ternezas que germinaban en su corazón, y pensar, sentir y vivir, sin hacer de ello un misterio, en aquella otra alma que entonces sería suya; sabría lo que pensaba él, que tan poco hablaba; se inclinaría hacia él, y sondeando el fondo de sus ojos, adivinaría todo cuanto él hubiese anteriormente sentido ó soñado sin decirselo.

—Toca un poco el piano, Aurette, díjole su padre; nosotros te escucharemos desde aquí.

La joven abandonó dócilmente su éxtasis y se encaminó al salón, cuyas lámparas estaban encendidas. Todos los domingos tocaba cosa de un cuarto de hora antes de que la señora de Bertholón pidiera su coche.

Tocaba con algo de tristeza, escogiendo instintivamente piezas melancólicas, porque esta música significaba el canto de la despedida. Además, ¿no existe acaso siempre un fondo de melancolía en todo amor aún no realizado?

Aurette sentía que vibraba todo su ser, tenía ganas de llorar, ganas de decir á voz en grito cuánto adoraba á aquel Raúl impasible y que, sin embargo, la amaba; porque de no ser así ¿á qué pedirla en matrimonio? Era en música atrevida, como lo era por sus flores; aquella virginal Aurette, que se habría muerto de vergüenza si de pronto su alma se hubiese ofrecido á los ojos de su novio tal como era, sentíase capaz de enviar á su amado el grito de la pasión más ardiente al través de las armonías que ella no había creado, pero que sabía interpretar.

Después de haber tocado dos piezas preferidas de su padre, comenzó un canto sin palabras de Mendelssohn, en el que el compositor ha puesto un amor y una vehemencia que nadie ha podido sentir jamás. Tocaba lentamente, como para ella sola; parecía que pulsaba el órgano de una catedral inmensa, llena de fieles, hablando en nombre de todas las almas humanas que padecían de amor y ofreciendo á Dios su ardiente súplica. Cuando terminó, sus ojos estaban henchidos de lágrimas.

(Se continuará.)

LAS VÍCTIMAS DE LA PAZ EN INGLATERRA

La paz tiene sus víctimas, como la guerra. Las epidemias y el hambre son las armas más conocidas con que ataca á la humanidad; pero tiene además á su disposición el fuego y el agua, los vientos y las tempestades, los terremotos, los rayos y las erupciones volcánicas. A esas, que son naturales, el hombre ha añadido otras forjadas por sus manos: automóviles, ferrocarriles, minas, lámparas de petróleo, bicicletas, etc.

De que la existencia esté tan llena de peligros tiene el hombre más culpa de lo que generalmente se cree. Apoyándonos en las estadísticas oficiales, diremos que en un año, de un millón de personas, 463 mueren de muerte violenta ó por descuido; en otros términos, la paz, empleando únicamente sus armas terribles, sin contar las epidemias y el hambre, consigue matar en un año 16.000 ingleses.

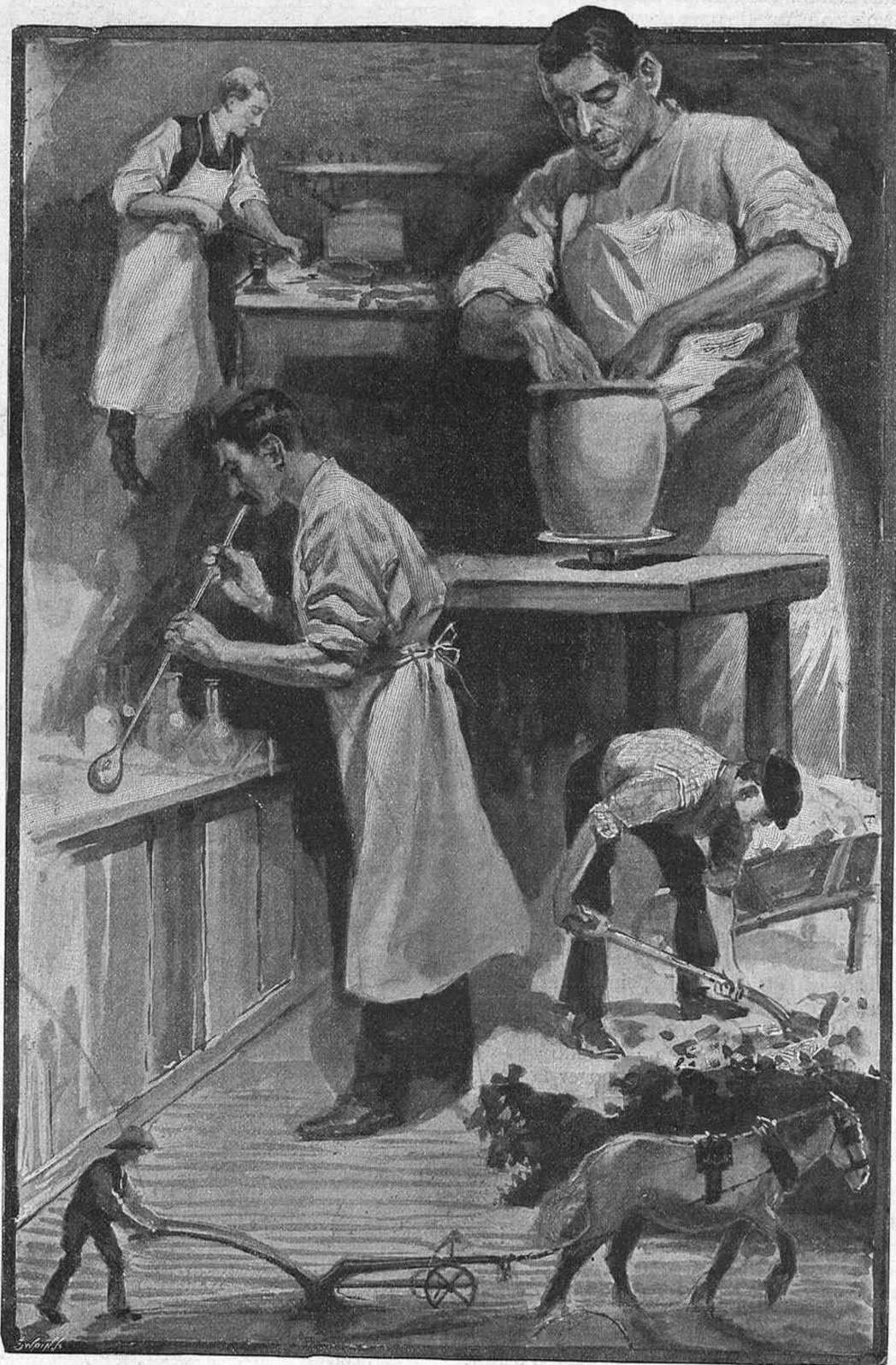
Con esas dos armas que se llaman vehículos y caballos tiene bastante la paz para matar en un año 2.560 ingleses. En cuanto á los naufragios, puede considerarse afortunado el año en que sólo perecen doscientas ó trescientas personas en embarcaciones de todas clases. El carro común es, sin embargo, el instrumento más mortífero; cada año perecen por su causa tantas personas como días tiene aquél.

El automóvil no ocasiona los daños que muchos se figuran; el año pasado, según las estadísticas, mató únicamente á 56 personas. Las bicicletas y triciclos matan anualmente 186 individuos; hasta los cochecitos en que las niñas pasean á los niños han ocasionado en el mismo espacio de tiempo 13 muertos.

Cosa frecuente es oír hablar de personas que mueren quemadas, escaldadas y á consecuencia de explosiones ordinarias, sin contar con las desgracias que ocurren en las minas; por esas causas han perecido en un año 2.300. También lo es el morir envenenado; más de 500 personas mueren por esta causa. Fácil sería que le tocara á uno formar parte del total de dos mil y pico de individuos que mueren anualmente por asfixia en Inglaterra, ó de los 2.300 que se ahogan, ó de los 63 que fenecen por la explosión de lámparas de petróleo, ó de los 19 que perecen por tomar bebidas hirviendo.

¿Patina usted en seco ó sobre el hielo? Pues en un año hallaron trece personas la muerte en semejante pasatiempo. ¿Juega usted al foot-ball? Pues éste, en el mismo espacio de tiempo, mató á once, y á dos mataron las pelotas del cricket.

Muertos, 1 018. Heridos, 91.950. Total, 92.968. Estas cifras se refieren á la campaña industrial de 1904. Representan el total de accidentes ocurridos y que han llegado á noticia del Inspector general de fábricas y talleres, y aun son muy incom-



Relación entre el número de los que mueren de tisis y la profesión que ejercen

¿Le gusta á usted pasearse por el campo donde pacen libremente toros y vacas? Pues esas vacas y esos toros se hicieron reos, en doce meses, del asesinato de trece seres humanos, y los insectos del de cuatro.



Bajas de los ingleses en la guerra contra los boers, 40.000 Bajas de los ingleses en la batalla de Waterloo, 15.000



Accidentes que ocurren en un año en las fábricas de Inglaterra, 93.000

La estatura de estas tres figuras demuestra gráficamente la desproporción entre el número de víctimas que causan la paz y la guerra

pletas, tanto por ser muchos los accidentes de los que, con arreglo á la ley, no hay que dar parte, cuanto por la insuficiencia del personal encargado de vigilar las fábricas y talleres, lo que ocasiona que tampoco se dé cuenta por los patronos de todos aquellos de que debiera darse.

Además de los accidentes casuales, nuestros obreros están expuestos á morir de las enfermedades originadas por sus ocupaciones. Bajo el epígrafe tan sólo de intoxicaciones y ántrax, se registraron en 1904 883 casos, de los que 76 tuvieron por término la muerte. Estos, en su mayoría, fueron debidos á la intoxicación por el plomo, pero diez de ellos lo fueron de la terrible plaga del ántrax, que continúa haciendo estragos.

De los casos de intoxicación por el plomo, 106 fueron en operarios de las fábricas de loza fina y ordinaria, debiendo tenerse en cuenta que ocurren principalmente en las mujeres y niñas, cuya existencia queda muy maltrecha si es que no la pierden. Una prueba de que tomando las precauciones adecuadas se pueden disminuir esa clase de males, está en la gran reducción que han sufrido las cifras de estas intoxicaciones, adelante que se debé á las órdenes severas dictadas para que los médicos visiten mensualmente las fábricas.

Uno de los peligros mayores que amenazan á los obreros son los átomos de polvo, causa prolífica de la tisis y de otras enfermedades análogas. Pasan de veinte las industrias diferentes en las que la mortalidad por causa de la tisis y demás afecciones del aparato respiratorio excede del duplo de la que reina entre los trabajadores del campo; 450 alfareros mueren de tuberculosis, enfermedad que sólo mata, en la misma proporción, á 100 labradores.

Debe tenerse en cuenta que no sólo hay oficios que por sí son peligrosos, sino que también las condiciones en que se trabaja hacen tales á los que comparativamente no lo son, como cuando los obreros respiran una atmósfera viciada. La diferencia entre la vida al aire libre del campesino y la seden-

taria del sastre, del zapatero, del encuadernador y de otros oficios, relativamente á sus efectos sobre la salud, es enorme. Así sucede que por cada cien labradores que mueren de tisis ó de otras enfermedades del sistema respiratorio, perecen por iguales causas de 200 á 250 encuadernadores y guardan la misma proporción los impresores, músicos, sombrereros, peluqueros, sastres y tenderos. Es cosa que asusta saber que los obreros de cuatro de esos oficios que mueren de tisis y de enfermedades del pulmón solamente, son más que los labradores que perecen por toda clase de afecciones.

Pero únicamente comparando las víctimas que hace la paz con las que produce la guerra, es como se puede tener idea de la verdadera magnitud de aquéllas. Aproximadamente se calcula en 40.000 hombres la pérdida total que sufrieron los ingleses en su guerra con los boers, y en 15.000 las bajas que tuvieron en Waterloo; pues bien, esas cifras no llegan á la mitad y á la sexta parte respectivamente de la que representa la que ha habido en un año de campaña industrial en las fábricas y talleres de la Gran Bretaña, sin incluir en ella á los que mueren de enfermedades contraídas en su oficio, exceptuando las intoxicaciones por el plomo y el ántrax.

Muertos, 1.158; heridos, 18.802; total, 19.960; tal es el precio á que hemos pagado el placer ó la conveniencia de viajar en ferrocarril durante el año 1904.

De las bajas ocurridas, las de viajeros forman una muy pequeña parte; poco más de 100 de los primeros y 3.487 de los segundos. Los que sufren todo el rigor de la batalla son los empleados de ferrocarril, de quienes con toda seguridad muy poco se preocupan los viajeros.

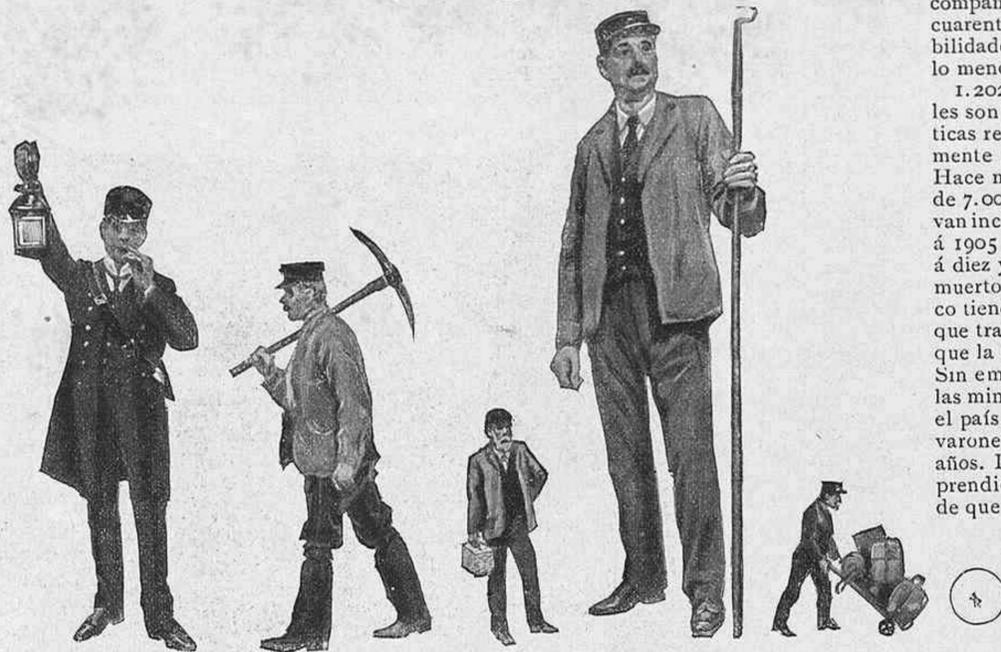
Los que viajan en ferrocarril tienen contraída una deuda enorme con sus empleados por los peligros que éstos corren. Los humildes guardaagujas, conductores y guardaafrenos

de los trenes de mercancías, los que componen y reparan las vías, son los que tienen la vida tan expuesta como el soldado en lo más recio de la pelea. De cada cien guardaagujas, uno queda herido al año, y de cada 439, uno muerto. De los con-

paración con ellos, no corren ningún riesgo digno de mención, pues sólo tienen una probabilidad por 200.000.000 de sufrir algún accidente desgraciado. Podrán ó no tener de ello conciencia, pero lo cierto es que para cualquiera que sirva á las compañías de ferrocarriles desde los veinte á los cuarenta años de edad, el balance de las probabilidades será que si no pierde la existencia, por lo menos ha ser de mutilado por los trenes.

1.202 muertos; 5.022 heridos; total, 6.224. Tales son las cifras que arrojan las últimas estadísticas relativas á los accidentes que ocurren anualmente en las minas y canteras de Inglaterra. Hace muchos años que vienen sucediendo cerca de 7.000 en cada uno. En ese terrible número van incluidos muchos niños; en la década de 1895 á 1905 nada menos que 414 muchachos de doce á diez y seis años se sabe oficialmente que han muerto violentamente debajo de tierra. El público tiene poca ó ninguna idea del número de ellos que trabajan en las minas. Créese generalmente que la esclavitud del niño pertenece al pasado. Sin embargo, el último censo demuestra que en las minas de carbón únicamente de Inglaterra y el país de Gales están empleados más de 130.000 varones y de 1.400 hembras menores de veinte años. De los primeros pasan de 30.000 los comprendidos entre los diez y los quince años. A fin de que tengamos carbón con que podamos calentarnos en el invierno, centenares de pobres criaturas se sacrifican anualmente.

Los accidentes desgraciados continuarán ocurriendo, á pesar de cuanto haga la ciencia para evitarlos. Pero una educación técnica y nuevas invenciones que hagan desaparecer de las minas, sin causar daño, los gases y el polvo del carbón, irán disminuyendo continuamente las cifras de mortalidad de los mineros, al mismo tiempo que un sistema de inspección oficial más perfecto que el que hasta hoy se ha venido empleando, hará que los directores tengan más cuidado en proteger las vidas y miembros de sus obreros. — X.



Víctimas de accidentes ferroviarios. Son por orden de mayor á menor: guardaagujas, conductores de trenes de mercancías, guardavías, maquinistas, mozos de estación y pasajeros

ductores y guardaafrenos de trenes de mercancías, resulta uno herido de cada 21 y otro muerto de cada 540. De cada 415 guardavías, uno recibe heridas, y la muerte uno de cada 642.

Por término medio á la semana hay entre los empleados de ferrocarriles 10 muertos y 250 heridos. Los pasajeros, en com-

paración con ellos, no corren ningún riesgo digno de mención, pues sólo tienen una probabilidad por 200.000.000 de sufrir algún accidente desgraciado. Podrán ó no tener de ello conciencia, pero lo cierto es que para cualquiera que sirva á las compañías de ferrocarriles desde los veinte á los cuarenta años de edad, el balance de las probabilidades será que si no pierde la existencia, por lo menos ha ser de mutilado por los trenes.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizo, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Hemostática. Soberano remedio para rápida curación de las *Flujos, Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, la Enfermedad del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faubt St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA EL
CRYSTOL
Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.
PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



BARCELONA. — Imposición de cruces concedidas al capitán de artillería SR. MIQUEL, al maestro artíficiero SR. ESPUIS y al soldado de artillería TOMÁS NAYA, al primero y al último por haber resultado heridos y al segundo por su brillante comportamiento en los trabajos realizados en el Campo de la Bota, para hacer estallar una de las bombas halladas recientemente en Barcelona. (De fotografía de A. Merletti.)

Hace algún tiempo, mientras se hacía estallar en el Campo de la Bota una de las máquinas infernales halladas en Barcelona, resultaron heridos el capitán de artillería Sr. Miquel y el soldado de la misma arma Tomás Naya, gravemente el primero y levemente el segundo. En aquella ocasión, como en otras muchas anteriores, condujose brillantemente el maestro artíficiero Sr. Espuis, dando pruebas de pericia y valor grandes.

El gobierno, en recompensa de tales servicios, concedió al Sr. Miquel la Cruz de María Cristina, al Sr. Espuis la roja del Mérito militar y al soldado Naya la vitalicia pensionada.

El acto de imposición de esas condecoraciones efectuóse el día 13 de los corrien-

tes en el taller del Parque de Artillería y fué presidido por el capitán general señor Linares, y á él asistieron oficialmente el gobernador civil, comisiones de la Diputación Provincial, del Ayuntamiento y de los diferentes institutos armados, el obispo auxiliar, un representante de la Audiencia, generales, etc.

Leídas las Reales órdenes concediendo las recompensas, el capitán general pronunció un hermoso discurso, enalteciendo la conducta de los agraciados y dando las gracias á las autoridades allí tan brillantemente representadas que con su presencia demostraban la unión entre las diferentes instituciones del país.

Acto seguido impuso las condecoraciones, y la ceremonia, que fué solemnísima, terminó con patrióticas y sentidas frases de las demás autoridades.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

**AVISO Á
LAS SENORAS**

EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

B^e St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN